

CONSEJOS
DE
LA AMISTAD,

ESTUDIO NECESARIO

LA FELICIDAD DEL HOMBRE

Y A
LA DE LA SOCIEDAD

TRADUCIDOS DEL FRANCÉS POR P. A. A.

EN SALAMANCA.

IMPRESO EN MENCO,
CALLE DE CAPOCHA, N.º 15.

1831.

TRES REALES.

1576

1

BIBLIOTECA AUTÓNOMA DE CUE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

9



BILBO

C6



BILBO

2
93
en



1080023144



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

CONSEJOS

DE

LA AMISTAD,

ó

ESTUDIO NECESARIO

A

LA FELICIDAD DEL HOMBRE

Y A

LA DE LA SOCIEDAD.

TRADUCIDOS DEL FRANCÉS POR P. A. A.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

IMPRESO EN SALAMANCA.

48066

REIMPRESO EN MEGICO:

CASA DE C. C. SEBRING, CALLE DE CAPUCHINAS N.º 15.

1831.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

8257



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

INTRODUCCION.

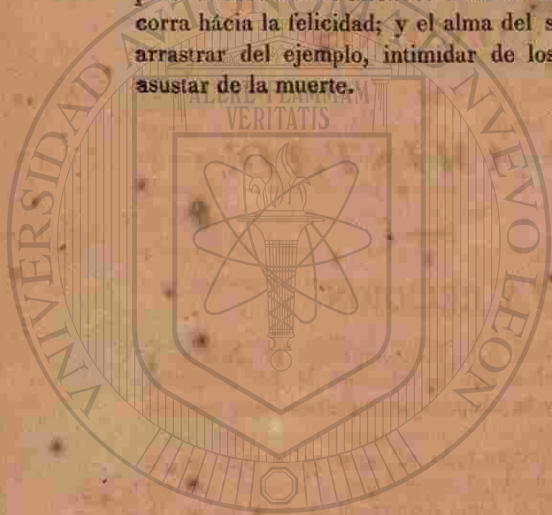
LA razon, el estudio y la esperiencia subministran muchos conocimientos sobre lo que llamamos Moral, ó los deberes del hombre. Es esencial instruir á los jóvenes en estos deberes, para que su edad, la multitud de amigos falsos y la corrupcion general no logren entibiarles su memoria. No podemos asegurar el triunfo de la virtud: es preciso proporcionar al hombre todos los medios de vencer, porque es muy débil comparado con los combates que debe sostener.

En los oficios de Ciceron se hallan preceptos excelentes que seguir para la regla de las obligaciones; pero este libro exige un estudio de que no todos son capaces, y ademas se compuso para tiempos muy diversos del nuestro. En esta obra se habla al corazon; él es en los hombres el principio y el bien de la vida; por él pueden ser felices.

La virtud tiene un atractivo á que no se puede resistir, y es la que forma el objeto, la perfeccion, la gloria y la recompensa de los hombres. Es muy difícil pintarla á lo natural, y solo puede copiarse de los corazones que la aman. Los hombres cuya conducta es viciosa, la tratan de quimera: no creen que existe, porque sería interés suyo que no existiese; no hablan de ella sino á proporcion de las pasiones que los agitan, y cuyo imperio quisieran establecer.

012019

Debemos trabajar en no dejarnos seducir de estos hombres corrompidos, como que solo hallan satisfaccion en las víctimas que sacrifican. Su número es infinito; pero la turba de los infelices á nadie ha impedido que corra hácia la felicidad; y el alma del sabio no se deja arrastrar del ejemplo, intimidar de los tormentos, ni asustar de la muerte.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

CONSEJOS

DE

LA AMISTAD.

==

LA RELIGION.

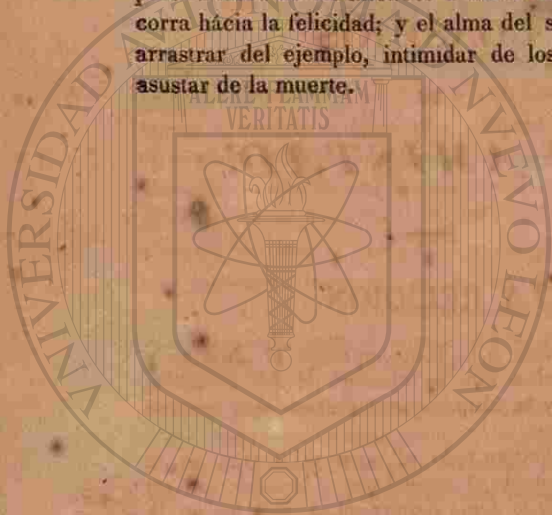
DEBEMOS mirar á la Religión como al alma de la vida: es la primera que se apodera de los hombres, cuando nacen; y la última que los abandona, cuando mueren.

Es muy raro que en todo el curso de la vida se la tribute constantemente el respeto que se la debe; que no se la deje á un lado como importuna, ó que no se la trate como á personas, á quienes es necesario ver alguna otra vez, pero que es fastidioso estar viendo de continuo.

Esta es una contravencion á sus leyes fundamentales que la destruye visiblemente, y con la que debe parecer imposible pueda conservarse en los corazones, que son su verdadero imperio, respecto á que deja de existir inmediatamente que deja de ser amada.

Los que tratan así á la Religión, no son los que mas la agravian; mayores oprobios experimenta de la parte de aquellos que tienen la audacia de despreciarla, la locura de impugnarla, y el furor afectado de jactarse de no tener alguna.

Debemos trabajar en no dejarnos seducir de estos hombres corrompidos, como que solo hallan satisfaccion en las víctimas que sacrifican. Su número es infinito; pero la turba de los infelices á nadie ha impedido que corra hácia la felicidad; y el alma del sabio no se deja arrastrar del ejemplo, intimidar de los tormentos, ni asustar de la muerte.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

CONSEJOS

DE

LA AMISTAD.

==

LA RELIGION.

DEBEMOS mirar á la Religión como al alma de la vida: es la primera que se apodera de los hombres, cuando nacen; y la última que los abandona, cuando mueren.

Es muy raro que en todo el curso de la vida se la tribute constantemente el respeto que se la debe; que no se la deje á un lado como importuna, ó que no se la trate como á personas, á quienes es necesario ver alguna otra vez, pero que es fastidioso estar viendo de continuo.

Esta es una contravencion á sus leyes fundamentales que la destruye visiblemente, y con la que debe parecer imposible pueda conservarse en los corazones, que son su verdadero imperio, respecto á que deja de existir inmediatamente que deja de ser amada.

Los que tratan así á la Religión, no son los que mas la agravian; mayores oprobios experimenta de la parte de aquellos que tienen la audacia de despreciarla, la locura de impugnarla, y el furor afectado de jactarse de no tener alguna.

Estos excesos, aunque tan monstruosos, se toleran en ciertas personas con una facilidad, que hace ménos de un siglo nadie hubiera podido concebir. En todo tiempo se ha contravenido á la Religion en algun punto, y se han permitido irregularidades que ella condena. Los mismos que obraban bien, obraban igualmente mal, creyendo compensar lo uno con lo otro, y descansaban erradamente sobre esta especie de balanza, inventada para suavizar el yugo que la Religion imponia. Modificaban á su arbitrio una regla que, trayendo su origen de Dios, no sufre interpretacion humana. Su Autor es un Ente infinito, que igualmente conoce la capacidad de los que la reciben, que la naturaleza de las leyes que la componen.

Siempre me ha causado asombro que en un siglo tan ilustrado háyamos formado una especie de placer en obsecarnos sobre el punto mas esencial; y que á medida que se ha ido perfeccionando la razon, nos háyamos separado de lo que debe ser su objeto principal y único fin.

Cuando leo los mejores autores de Aténas y de Roma, que escribiéron en tiempos que sus naciones eran la admiracion del universo por las maravillas que producian en todo ramo, advierto que jamas hablan de sus dioses y religion sino con mucho respeto. Y sin embargo, ¿cuantas razones no hubieran hallado para despreciar aquellas fábulas groseras que formaban el tejido de su teología? En el dia vemos pocos libros, exceptuando á los que tienen la Religion misma por objeto, que en este artículo pueden entrar en parangon con los de los antiguos.

Temia la política de aquellos tiempos que destruyendo la opinion de la Religion, se corrompiesen las costumbres. Mas temible la parecía el trastorno universal que hubiera producido el libertinage y la impiedad, que los errores que desaprobaban el crimen, y aplaudian la vir-

tud. Sus Campos Eliseos y sus infiernos eran unas ficciones, es verdad; pero estas ficciones les hacian temer tormentos, y esperar recompensas. El temor y la esperanza son las únicas y verdaderas guias de todos los pueblos.

La Religion era el custodio de los reyes. Si no hubiera apoyado Numa el imperio naciente de Roma en las leyes de Religion que estableció, jamas hubiera podido fijar aquel pueblo de conquistadores, ni Roma hubiera estendido su poder hasta los confines de la tierra.

Parece por las obras de algunos escritores modernos, que tenemos nosotros tanto interes en destruir los cimientos de nuestra Religion, como tenian los antiguos en consolidar los de la suya. Esta contradiccion es tanto mas ridicula, cuanto no hay deista, materialista, ni ateista que no sienta mucho ver á la multitud pensar como él.

A poco que conozcamos á los hombres, nos estremeceremos del trastorno formidable que produciria la abolicion de la Religion. La nacion mas fértil en revoluciones es aquella cuya Religion no tiene una forma cierta, y que, admitiéndolas todas indiferentemente, confieso en cierto modo no tener alguna.

La primera confusion que condujo á Roma hácia su ruina, fué la llegada de tantos dioses estrangeros, como introdujéron los romanos entre sí, con tal exceso, que mas fácil era hallar un dios que un hombre. Su multitud destruyó insensiblemente la verdad en la opinion pública.

Roto ya este freno de la Religion, freno el mas fuerte de todos, no tuvieron dique que oponer á la ambicion, á la usurpacion, al interes. Todas las pasiones viniéron á arrojarse sobre este grande imperio que habia conquistado todos los demas; y despues de muchas y continuas efervescencias, le abismáron hasta tal punto, que

nuestros ojos atónitos que le buscan todavía, no le hallan sino en la historia.

Si la pérdida de una Religión evidentemente falsa fué el origen principal de la destruccion de estos señores del mundo, ¿qué no debemos temer del espíritu de irreligion, al que vemos hacer tan rápidos progresos? ¿Qué sería de nosotros si continuara propagándose? Este cuadro formidable dista todavía mucho de los males verdaderos que deberíamos temer, si nos destinase la suerte á ver su realidad.

El sentimiento de la Religión es universal; el que no le tiene, es un hombre peligroso, ó por mejor decir, despreciable; es indigno de la menor confianza. Hay una necesidad de preservarse escrupulosamente del trato de tales hombres, pues cuando no á la conducta, perjudican á la reputacion: en cierto modo somos responsables de los sentimientos de aquellos con quienes vivimos.

Aun entre el mundo mismo está generalmente admitido que no hay verdadero hombre de bien sin Religión; pues á este hombre de bien dirijo mis consejos en el curso de esta obra.

La Religión que profesamos está demostrada de tal modo, que no me detendré en probarla; sería hacerla una injuria. La moral es mi objeto; los lectores conocerán que su mas puro origen es el cristianismo, y que las virtudes no pueden hallar en otra parte verdadera perfeccion.

LA FILOSOFIA.

LA Filosofía es la primera de todas las ciencias, en atención á que, segun la etimología de su nombre, es el amor á la sabiduría. En los colegios la limitan al estudio y perfeccion del racionio; y á la verdad, no es apartarla de su objeto, porque la sabiduría es el fruto de

la razon perfeccionada. En efecto, dejar de racionar es dejar de ser sabio.

La multitud tiene unas ideas de la Filosofía que de ningún modo la pertenecen: honra con el nombre de filósofos á los que observan un modo particular de vivir, á los que afectan una vida ociosa, y sobre todo, á los que usan un lenguaje que ella no entiende. Prodigas este título á los espíritus difíciles, severos, satíricos, despreciadores. Basta tener un poco de humor para merecer á sus ojos el nombre de filósofos; como si la Filosofía, concedida á los hombres para formar su felicidad, fuese susceptible de este defecto, capaz de alterar su union y armonía.

Las varias sectas que dividen á los filósofos sobre la esplicacion de la naturaleza, no pertenecen á la Filosofía. Superior á los errores, á las incertidumbres, á las preocupaciones, solo tiene por objeto la verdad del entendimiento, la rectitud del corazon y la moderacion de las pasiones; solo á este precio podemos ser filósofos. Imaginar sistemas, y hacer nuevos descubrimientos, son operaciones útiles á la sociedad, que pueden adquirir á sus autores nombres muy respetables, sin merecerles el de filósofos.

Es sin duda muy glorioso ser un Descartes, un Newton: estos nombres grandes, que hacen tanto honor al entendimiento humano, tienen vinculada una gloria sublime: nosotros debemos tributársela con tanto mas gusto, cuanto es un tributo de gratitud que por lo regular forma toda su recompensa. El interes y la envidia los priva casi siempre de las demás ventajas que merecen; pero la superioridad de su genio se las hace mirar, y con razon, como inferiores á la gloria que únicamente buscan. Esta gloria, aunque perezosa, los venga de la injusticia de los hombres con el auxilio del tiempo, que á nada perdona, sino es á ella.

Pero aun es mas glorioso el ser filósofo. Esta es una

verdad con visos de paradoxa; pero sin embargo, la experiencia la demuestra. Con el maravilloso talento de estos hombres grandes de que hemos hablado, podemos ser esclavos de nuestras pasiones, muy estimables de lejos y muy despreciables de cerca; asombrar al universo con las operaciones de nuestro entendimiento, y escandalizarle con los desórdenes de nuestro corazón.

Hay pocas personas, aun entre las mas perfectas, que sostengan un trato íntimo sin perder de su reputacion.

Pierden mas ó ménos á proporcion que se apartan de esta Filosofía, que es la regla con que debemos medir á los hombres para saberlos apreciar, como que es á la que deben conformarse.

La Filosofía obra mas en lo interior que en lo exterior de nosotros: de aquí es que hace ménos ruido, y que la gloria que resulta de ella sea desconocida por mucho tiempo.

El heroismo de las armas y el de la política dependen á veces de un solo golpe; son conocidos en toda la tierra, brillan á los ojos de todos desde el momento que se ejecutan: el de la Filosofía, mayor que todos los demas, puede quedar ignorado para siempre: depende de circunstancias para representar lo que es, y estas circunstancias no dependen de ella.

No es extraño que la dificultad de llegar á ser filósofo (que consiste particularmente en hacerse dueño de sus pasiones) y la oscuridad que le acompaña, desahiente á la mayor parte de los hombres; nada hay de seguro unido á este heroismo, sino la satisfaccion de obrar bien, la libertad é independencia de las pasiones, la tranquilidad del alma en medio de los reveses é infortunios que tanto afligen á los demas. Estas maravillas no dependen de las riquezas ni de los honores, ni tampoco conducen á ellos. Solo se ama á lo que brilla, ó á lo que enriquece; la Filosofía no hace ni lo uno, ni lo otro.

Si hubiese premios señalados para los verdaderos filósofos, quizá veríamos un mayor número de ellos. Aunque esta mira de interes no pueda hermanarse con la pureza de la verdadera Filosofía, muchos principiarían con este motivo, aunque imperfecto, y concluirían por abandonarle, adelantándose en esta carrera, cuyo principio está cubierto de abrojos, y el fin esmaltado de flores.

Por mas repugnancia que tengamos á la práctica de una Filosofía, que exige los mayores sacrificios, admiramos á los que con ella se hallan en estado de arrostrar las borrascas, que no temen ninguno de cuantos infortunios los rodean, que tienen al dolor como un mal que están habituados á sufrir; que conservan la libertad, la bondad, y aun muchas veces la alegría de su alma en medio de los mas grandes asaltos; que miran, en fin, desquiciarse el universo sin alterarse su intrepidez. ¿No son demasiado preciosas estas ventajas para que dejen de escitar nuestra envidia?

¿Qué de males evitados, qué de inquietudes terminadas, qué de dolores suavizados por los principios de la Filosofía! ¿Cuántos momentos de la vida, ya en el seno de nuestra familia, ya en medio de nuestros amigos, nos advertimos aislados, y que todo cuanto nos rodea nada añade ni quita á lo que experimentamos! Entónces de ninguna parte sino de nosotros mismos podemos sacar los auxilios de que tenemos necesidad: entónces sería inevitable la desesperacion sin esta Filosofía, compañera inseparable de los que la aman: entónces hace conocer los bienes preciosos de que abunda; que halla remedio á todos los males; que suaviza los que no puede curar: he aquí su verdadero triunfo.

Esta Filosofía reprueba igualmente aquella fiereza estoica que desmiente la realidad de los males que experimentamos; aquel heroismo tan decantado como falso; aquel heroismo de los Catones y de las Cleoparas, que

creyeron librarse del triunfo de sus enemigos, dándose la muerte por el temor de recibirla. Esta Filosofía enseña, ayuda á despreciar la muerte tan temible, á cubrir de amargura el corazón de un enemigo victorioso, que no puede triunfar del valor de aquel á quien ha vencido, y aun á desarmarle á vista de un heroísmo que quizá le era desconocido, y al que no puede negar su admiración. Transforma muchas veces un héroe sanginario y cruel en un héroe humano y pacífico, que después de haber llenado el mundo del ruido de sus hazañas, quiere hacerle amante de su yugo por la dulzura y clemencia de su reinado.

LAS LEYES.

LOS filósofos de todas las edades y de todos los países han conocido que hay un bien y un mal. No han confundido á este bien y á este mal; pero han ido mas léjos de lo que era necesario en busca de su principio, y aun muchas veces se han extraviado en las consecuencias que han deducido de ellos. Yo creo que hubieran hecho mejor en detenerse mas acerca de la definición del uno y del otro, y acerca del uso que debemos hacer de ámbos. Perdemos tanto tiempo en llegar á conocer, que nos queda muy poco para obrar.

El bien, bajo de cualquier aspecto que le miremos, y por cualquiera religion que sea explicado, es la conformidad de nuestras acciones con la ley; y el mal, lo que hacemos opuesto á ella. Raras veces sucede que podamos decir: *Ignoraba la ley.*

Las leyes están subordinadas entre sí: las naturales son las primeras: todas las demas se glorian de deberlas su origen, y de depender de ellas en algun modo. Yo

haría muy mal presagio de las que no tuviesen con ellas alguna relacion.

A las primeras me limito aquí: preservar el veneno de corrupcion es asegurar la conservacion de las aguas. *Las costumbres forman los buenos ciudadanos, y las leyes naturales forman las costumbres.*

Es una pregunta bien inútil la de ¿en qué consisten y á qué obligan las leyes de la naturaleza? Desde el momento que las damos este nombre, conocemos lo que son, y en cuanto á la obligacion que imponen, la conciencia lo enseña á todos los hombres.

Esta conciencia es el mejor libro de moral que tenemos, y justamente el que ménos se lee. A nadie se le dice: *Lee en tu conciencia.* Sería hacer un gran servicio á la humanidad habituar los jóvenes á que la leyesen, pues en ella adquirirían la costumbre de amar el bien y de aborrecer el mal: ¿y qué fuerza no tiene el hábito en todos los hombres!

Hay personas que dicen que la conciencia no habla; otras que habla diferentemente en los diferentes pueblos; y de estos dos principios concluyen que es inútil escucharla. Los unos y los otros no solo se equivocan, sino que hablan contra la misma verdad que conocen lo que debe hacerles odiosos, pues todos pueden convenirse de su falsedad.

Las verdades de sentimiento y esperiencia no son problemáticas. Los mayores malvados no sufocan sus remordimientos, como se cree: lo que es un crimen en Europa, lo es igualmente en las Indias.

Las diferentes religiones han producido diferentes leyes: los diversos climas han introducido diversos usos. Pero sin cerrar nuestros ojos á la razon, no podemos entender estas diferencias hasta las leyes naturales, que jamas varian. La perfidia, la mentira, el asesinato, el robo, no se permiten á un negro mas que á un blanco: lo mismo que hoy, los condenaba la conciencia cuatro

mil años ha; y los pueblos que creemos más salvages y bárbaros no son los que ménos la respetan.

¡Pero como están escritas estas leyes en nuestros corazones! Esta es una maravilla que no pretendo explicar: conviene ponerla en la clase de aquellas que ofrece á nuestra vista el espectáculo del mundo, y que es más útil admirar que querer penetrar. *La buena filosofía conoce límites; la que pretende dar razon de todo no merece este nombre.*

¿Qué importa saber de donde nace esta voz interior, que me predica no haga con otro lo que no quiera que hagan conmigo? De cualquier impresion que resulten el pesar y la vergüenza de haber cometido una mala accion, no son ménos sensibles este pesar y esta vergüenza. La dulzura que experimento en aliviar á un infeliz, ¿es una dulzura menor, es un placer ménos gustoso porque ignoro su origen?

Podemos decir que queriendo contribuir eficazmente el Ser supremo á la felicidad de los hombres, destinados á vivir en sociedad, les ha concedido una regla invariable, que les enseña lo que se deben; una regla que por un prodigio inesplicable es para ellos á un mismo tiempo una ley igual y universal, una recompensa para el que la guarda, y un castigo para el que la viola. Los hombres hacen leyes que no tienen relacion alguna con los bienes ni con los males que los siguen. Ya esperamos un premio que no siempre llega, y ya nos substraemos del castigo á que somos acreedores: solo Dios puede mandar, y al mismo tiempo recompensar ó castigar por la observancia ó transgresion de lo que manda.

No podemos decir que esta recompensa ni este castigo sean ligeros. Todos los bienes del mundo no son comparables á una conciencia pura, y los remordimientos son un tormento que se añade al castigo del crimen. Es preciso avergonzarse de decir lo contrario. Si alguno lo piensa, debemos compadecerle por hallarse

esceptuado de la regla general, sin la que es muy difícil que no se estravie; debemos temerle, porque no conteniéndole esta ley interior, es capaz de las mayores maldades.

No puede haber seguridad en materia alguna con el que no teme á su conciencia. Este está muy distante del hombre de bien de Platon y el de Ciceron, que no hubieran cometido una accion mala, aunque hubiesen de ignorarla los mismos dioses.

Es necesario desconfiar generalmente de todos aquellos á quienes cuesta mucho la virtud, ó que buscan un pretexto para no abrazarla, valiéndose de la ignorancia en que dicen estar de lo que es virtud, y de lo que no lo es.

La virtud reside en nuestros corazones, y nada que no sea ella se la asemeja ni se la aproxima.

Podemos equivocarnos sobre la mayor parte de las cosas de la vida, porque no tenemos mas que unos vislumbres, unas apariencias de verdad; pero la virtud y el crimen, el bien y el mal, son cosas que distinguimos exactamente. ¿Qué seria de nosotros sin esta luz que jamas nos abandona? Los sabios no nos guian siempre; y si nos guiaran, ¿de donde tomarian ellos sino de su conciencia los consejos que nos dieran, y da ella indistintamente á todos los que la aman bastante para consultarla?

Los que tanto disputan sobre el bien y sobre el mal, no están muy léjos de cometer este: solo procuran debilitar la fuerza de esta voz que los grita incesantemente: *Haz bien; evita el mal.*

No sucede con estas leyes primitivas lo que con las que reglan los derechos de los particulares, y de las que han formado varios cuerpos algunos hombres ilustrados. Para conocer éstas es necesario haber estudiado: solo se hallan escritas en los libros; los doctos las saben, y á ellos pertenece enseñarlas á los que las necesitan.

Estas leyes son como la conciencia pública, á la que está obligada conformarse la de los particulares.

Por mas reflexiones que hagamos sobre el origen y diversidad de las autoridades, siempre las debemos la sumision; nuestro interes y tranquilidad dependen de ella. La nacion mas sumisa es ordinariamente la mas feliz.

En todos los establecimientos humanos hay inconvenientes; el mayor de todos es querer librarse de la autoridad. La sumision es superior con muchas ventajas á esta pretendida libertad, que en ninguna parte existe, y que si existiese, seria mas peligrosa para la multitud, que la esclavitud misma.

A poco que se recorra la historia de las naciones, se conocerá la necesidad de las leyes. Forman éstas la gloria y apoyo de los imperios, que jamas han caido sino con ellas. La famosa graduacion de las conquistas á las riquezas, y de las riquezas á la decadencia y ruina de los estados; la máxima de que *una nacion principia á decaer luego que ha llegado á la cumbre de su gloria*, son palabras sin sentido, á ménos que queramos decir que se relaja insensiblemente en la observancia de las leyes, en la subordinacion, que es su principio, y que inmediatamente que llegan las leyes á perder su fuerza y vigor, es forzoso que se destruyan y perezcan estos grandes cuerpos, cuya alma forman ellas. Los mismos efectos causa en los imperios la estincion de las leyes, que en nosotros la muerte: desfigura, descompone, cambia, y casi hace olvidar la memoria de que han existido.

La primera autoridad legítima es el poder paternal: no depende de convenciones, porque las ha presidido á todas. Hemos tomado de los romanos muchas leyes, no tan buenas como la que no prescribia limites á la autoridad de los padres. Parece que esta sola es la que hemos temido adoptar, á pesar de ser constante que la

naturaleza habla mas á los padres en favor de los hijos, que á los hijos en favor de los padres.

Sobre el de estos se ha formado el poder de los reyes, que son con relacion á sus pueblos lo mismo que los padres con relacion á sus hijos: una nacion es para su rey lo que una familia para su gefe. El respeto y la obediencia son el homenaje de los pueblos: la vigilancia y el amor son el alma de los reyes: la sumision de los unos y la autoridad de los otros formarán su duracion, constituyendo su felicidad. Todo otro sentimiento es una contravencion al bien público, cuyo resultado padecen todos: la desgracia de los estados solo estriva en la interrupcion de uno de estos dos principios, que forman la base de los gobiernos.

Hay gobiernos de muchas especies; pero podemos decir que todos se refieren al monárquico, porque siempre se supone que muchas cabezas no forman mas que una autoridad. No quiero examinar aquí si no es igualmente el mas perfecto.

El inconveniente de los reyes malos es muy raro: pocos se cuentan en la historia; y ménos han sufrido los pueblos bajo su dominio, que bajo del de los reyes indolentes que no han sabido sostener su autoridad.

Los magistrados son depositarios de una porcion de la autoridad de los reyes, la que ejercen por menor, y siendo responsables de ella. La felicidad de los pueblos, el presentimiento de sus necesidades, la defensa de sus bienes y de sus personas y el castigo del crimen, son el origen de los diversos empleos entre los que dividen los reyes su poder, que aunque dimanado del trono, es sin embargo inseparable de él, y á él vuelve como á su origen.

Desobedecer á los magistrados es desobedecer á una autoridad legítima, hacerse justicia á sí mismo, y no recurrir á las leyes, cuyos vengadores son los magistrados; es una verdadera injusticia, supuesto que trastorna

el orden establecido; es privarlos de un derecho que les compete, y de que son muy zelosos. El abuso que pueden hacer de las leyes á nadie autoriza para substraerse de ellos: es una desgracia que sucede raras veces, y no carece de remedio: tambien tienen ellos un juez á quien están sujetos.

Los que gritan contra las leyes no merecen ser escuchados. ¡Cuanto se quejan de las injusticias que creen haberseles hecho porque no se les permite realizarlas!

Basta que la sociedad en general gane en la administracion de las leyes, tal cual es, para que no debamos deternos en las quejas de los particulares, á quienes casi siempre ciega su amor propio, y que son incapaces de compensar los daños personales con el bien general.

La felicidad de la sociedad es el objeto de todas las leyes: se destruirian á sí mismas si la perdiesen de vista, ó se propusiesen otro fin.

LAS SOCIEDADES.

LOS hombres han sido criados, ó por mejor decir, contruidos, organizados, para vivir en Sociedad. Este destino de la naturaleza es el primer principio que los ha reunido, y el que ha formado las primeras Sociedades. Los Mercurios y los Orfeos, atrayendo los hombres y las rocas al son de sus liras, solo son unas fábulas ingeniosas que pintan los encantos de la Sociedad, en favor de cuya felicidad trabajaban, uniendo los hombres, y formándoles habitaciones capaces de contenerlos juntos.

Todo hombre contrae al nacer obligaciones para con la Sociedad, de que él mismo es un fruto. Quien dice un hijo, dice necesariamente un padre y una madre que le han producido; y de este padre y de este madre se

derivan una multitud de relaciones necesarias que forman otros tantos vínculos que le unen á la Sociedad.

¿Como habrémos podido obcecarnos hasta el punto de llegar á creer que podemos vivir solos? La naturaleza se opone de tantos modos á este pensamiento, que es necesario violentarla para emprenderlo. Nos asombraríamos si calculásemos los males que han resultado de esta idea descabellada. Cualquiera razon que creamos tener para renunciar á la Sociedad, no habrá ciertamente alguna que contrabalancee á la naturaleza, que nos inclina á ella.

Las necesidades reciprocas que tenemos unos de otros, forman el segundo principio que ha reunido á los hombres, y que ha concurrido á juntarlos. La maldad, la perfidia, y aun la locura de un gran número de ellos, no destruyen la necesidad de asociarse: los hombres mas opuestos á la felicidad de sus semejantes no lo son en todo: dicen que debería permitirse destruir á los que la persiguen: hay pocos que lleven la maldad tan lejos, y es muy raro que queden impunes. Podemos evitarlos; pero cuando fuese cierto que tuviésemos verdaderamente que sufrirlos, esta es una de las muchas desgracias necesarias que inundan el universo, y que es mas acertado tolerar que combatir.

Habiendo llegado á ser en algun modo infinita la multitud de los hombres, ha sido necesario limitar sus relaciones á estados, á ciudades, á familias. De aquí nacen los nombres de nacion, de patria y de casa, que espresan otras tantas divisiones de la Sociedad; que imponen obligaciones particulares, y que, sin estinguirlas, restringen los deberes generales de la Sociedad.

Por ser de nacion, de patria y de casa diferentes no estamos ménos obligados á la Sociedad general. Solo los que jamas han reflexionado, dejan de mirar á todos los hombres como á sus hermanos. Las diversas religiones que inundan el mundo, dejarían de ser religiones

si se dirigiesen á romper estos vínculos sagrados, mas antiguo que ellas, formados por la humanidad. La mayor prueba que puede dar una religion de su falsedad es la de permitir ú ordenar la destruccion de los hombres.

Solo en el ejemplo y en la costumbre se halla lo que llamamos amor de la patria. Hay hombres sabios que no le conocen, y miran al universo como á su país.

Este ejemplo y esta costumbre adquieren en los hombres fuerza de ley. Seria peligroso quererlos disuadir, porque algunas veces produce prodigios. Los romanos le estendiéron hasta donde puede llegar, y quizá serian todavia lo que fuéron, si siempre hubiera prevalecido el amor de la patria sobre el interes particular que los perdió.

El amor de la patria es diverso del de la sangre: este es mucho mas fuerte. Prescindiendo de los intereses que unen á los que son de una misma sangre, es constante que maquinadamente se inclinan á un mismo trono, con el que tienen mas ó ménos relacion, segun que están mas ó ménos cercanos.

El vínculo que nos une á nuestros padres es tan conocido, tan confesado, que no tiene necesidad de pruebas para que le respetemos. Aquella muger que precisada á perder su marido, su hijo y su hermano, y que habiendo obtenido á su eleccion el perdon para uno de los tres, se determinó en favor del último, por la razon de que podia casarse con otro marido, tener otro hijo, y que la muerte de su padre no la permitia esperar otro hermano; aquella muger, repito, consultó ménos á la naturaleza que á su interes.

La naturaleza tiene sus graduaciones: nada puede igualar á lo que debe un hijo á sus padres, por que la existencia es el origen de los bienes. A él no le pertenece la discusion de los motivos que tuviéron sus padres para formarle: nada hay que pueda destruir la obligacion

en que les está de existir: por ellos exista; sin ellos no existiera.

El matrimonio que une dos sangres diferentes es un vínculo de otra especie. Los empeños mutuos que forma, el objeto que se propone, y los placeres que autoriza le hacen tan fuerte, que todo concurre á hacer sus lazos indisolubles.

Jamas he podido comprender como un pueblo tan culto como el de Roma pudo aprobar el divorcio: repugna á la fe de los juramentos, al pudor, á la educacion de los hijos, al amor mismo, que es preciso se destruya. Cualquiera que examine con reflexion á la Sociedad, no podrá ménos de mirar con respeto el matrimonio que la perpetúa. Se han multiplicado las leyes sobre el matrimonio; pero se han establecido pocas que le favorezcan. Llévense á cualquier exceso los atentados que pueden corromper su objeto, ó interrumpir su felicidad; pero jamas podrá destruirse la santidad de las obligaciones que contraen mutuamente los que se casan.

La Sociedad se interesa en la multiplicacion de los hombres; su verdadera felicidad depende de su educacion. Se llegó á creer que la ternura de los padres era suficiente para reglarla; pero la esperiencia ha hecho ver este error. El libertinage y la ociosidad se apoderan de los jóvenes que se descuidan, y estos dos vicios juntos forman monstruos que devoran á la Sociedad.

La hajeza y el desprecio con que se mira la profesion de los que se consagran á la educacion de los niños, ha separado de ella á los mas idóneos. Este oficio respetable, que ha llegado á hacerse mercenario, no lo ejercen por lo regular sino los que no tienen valor ó habilidad para emplearse en otra cosa: los padres se avergonzarian de educar por sí mismos á sus hijos.

Los lacedemonios se viéron obligados por algun tiempo á entregar á sus hijos á la educacion que les daba la república; y si hubieran conservado este establecimien-

to, todavía serian el pueblo mas sabio y poderoso del mundo.

Yo no puedo alcanzar, como algunos pretenden, que los vicios concurren tanto á la felicidad de la Sociedad como las virtudes. Algunas veces producen sucesos que ceden en beneficio suyo, es constante; pero siempre es á costa de su felicidad, que no puede resultar sino de las virtudes.

LOS VICIOS Y LAS VIRTUDES.

NO se sabe si ha sido el interes, el capricho, la ignorancia ó la maldad la que ha desfigurado los Vicios y las Virtudes. Hay autores célebres que han trabajado en esta materia. Nosotros tenemos algunos que los han confundido, y que triunfan de esta confusion, demasado aplaudida, para darles una especie de triunfo. Me consuela la idea de que jamas habrá prescripcion contra la verdad en favor de la opinion; pero no puedo ménos de llorar los extravíos que ha producido y producirá esta confusion.

No seamos nosotros de los que se extravian; atengámonos á los principios que se nos han dado con arreglo á nosotros mismos, ó á lo ménos, consultémoslos ántes de ceder á las impresiones que se procurará grabarnos. La mas pasagera reflexion nos preservará del lazo que se nos arma, y del precipicio de que nos despeñaríamos.

El mero hecho de querer confundir los vicios y las virtudes deberia ser suficiente para privarnos de todo crédito. Por poco que se reflexione, se hallará que no puede haber conformidad entre dos cosas, cuyas ideas y aun los nombres mismos son tan opuestos.

Decir que los vicios no son por lo comun sino el abuso de los propios principios que forman las virtudes, no

es establecer su semejanza; es señalar por el contrario su diferencia y oposicion. La economía es una virtud, y la avaricia un vicio: lo mismo decimos de la liberalidad y de la prodigalidad; del valor y de la ferocidad; de la tranquilidad y de la pereza. Debemos decir: *el vicio comienza donde acaba la virtud.*

Ha habido hombres famosos que creyeron salir mejor combatiendo las virtudes en su origen; las han hecho nacer del amor propio como los vicios; han pretendido que un origen igual nada puede producir que no sea defectuoso, y que teniendo los vicios y las virtudes unos mismos principios, solo se diferencian en los nombres. No han querido permitir la destruccion de un vicio sino por otro vicio; han manifestado temer que reine la virtud en alguna parte. El mundo, segun ellos, es el reino de los vicios, y miran como necios á los que creen todavía la existencia de las virtudes.

Es cierto que el amor propio influye en todas nuestras acciones; pero no es cierto que solo produzca vicios. El amor propio es el amor de nosotros mismos; es un principio que adquirimos al nacer, y que no muere sino con nosotros. Este principio, ó es prudente ó desarreglado: como prudente, contribuye á formar nuestras virtudes: como desarreglado, es la primera causa de los vicios. ¿Quién ha revelado que este amor propio es siempre escésivo, y que se halla tal en todos los hombres? Piensan estos pretendidos filósofos que deshonorarán á Lucrecia, atribuyendo la dilacion de su muerte á una reflexion que el placer de dársela hizo tardia, meditando sobre la infamia que habia sufrido? ¿Qué destruirán la continencia de Scipion con decir que no habia nacido sensible al atractivo de la voluptuosidad?

Den á las acciones de los hombres la interpretacion que quieran, jamas harán que Augusto se parezca á Neron. ¿Quién me hará creer que la presuncion del rey Juan en nada se diferenciaba de la prudencia de

to, todavía serian el pueblo mas sabio y poderoso del mundo.

Yo no puedo alcanzar, como algunos pretenden, que los vicios concurran tanto á la felicidad de la Sociedad como las virtudes. Algunas veces producen sucesos que ceden en beneficio suyo, es constante; pero siempre es á costa de su felicidad, que no puede resultar sino de las virtudes.

LOS VICIOS Y LAS VIRTUDES.

NO se sabe si ha sido el interes, el capricho, la ignorancia ó la maldad la que ha desfigurado los Vicios y las Virtudes. Hay autores célebres que han trabajado en esta materia. Nosotros tenemos algunos que los han confundido, y que triunfan de esta confusion, demasado aplaudida, para darles una especie de triunfo. Me consuela la idea de que jamas habrá prescripcion contra la verdad en favor de la opinion; pero no puedo ménos de llorar los extravíos que ha producido y producirá esta confusion.

No seamos nosotros de los que se extravian; atengámonos á los principios que se nos han dado con arreglo á nosotros mismos, ó á lo ménos, consultémoslos ántes de ceder á las impresiones que se procurará grabarnos. La mas pasagera reflexion nos preservará del lazo que se nos arma, y del precipicio de que nos despeñaríamos.

El mero hecho de querer confundir los vicios y las virtudes deberia ser suficiente para privarnos de todo crédito. Por poco que se reflexione, se hallará que no puede haber conformidad entre dos cosas, cuyas ideas y aun los nombres mismos son tan opuestos.

Decir que los vicios no son por lo comun sino el abuso de los propios principios que forman las virtudes, no

es establecer su semejanza; es señalar por el contrario su diferencia y oposicion. La economía es una virtud, y la avaricia un vicio: lo mismo decimos de la liberalidad y de la prodigalidad; del valor y de la ferocidad; de la tranquilidad y de la pereza. Debemos decir: *el vicio comienza donde acaba la virtud.*

Ha habido hombres famosos que creyeron salir mejor combatiendo las virtudes en su origen; las han hecho nacer del amor propio como los vicios; han pretendido que un origen igual nada puede producir que no sea defectuoso, y que teniendo los vicios y las virtudes unos mismos principios, solo se diferencian en los nombres. No han querido permitir la destruccion de un vicio sino por otro vicio; han manifestado temer que reine la virtud en alguna parte. El mundo, segun ellos, es el reino de los vicios, y miran como necios á los que creen todavía la existencia de las virtudes.

Es cierto que el amor propio influye en todas nuestras acciones; pero no es cierto que solo produzca vicios. El amor propio es el amor de nosotros mismos; es un principio que adquirimos al nacer, y que no muere sino con nosotros. Este principio, ó es prudente ó desarreglado: como prudente, contribuye á formar nuestras virtudes: como desarreglado, es la primera causa de los vicios. ¿Quién ha revelado que este amor propio es siempre escésivo, y que se halla tal en todos los hombres? Piensan estos pretendidos filósofos que deshonorarán á Lucrecia, atribuyendo la dilacion de su muerte á una reflexion que el placer de dársela hizo tardía, meditando sobre la infamia que habia sufrido? ¿Qué destruirán la continencia de Scipion con decir que no habia nacido sensible al atractivo de la voluptuosidad?

Den á las acciones de los hombres la interpretacion que quieran, jamas harán que Augusto se parezca á Neron. ¿Quién me hará creer que la presuncion del rey Juan en nada se diferenciaba de la prudencia de

Cárlos V. su hijo? ¡la molición de Enrique III. de la fuerza y valor de Enrique IV.! Personages tan diferentes es forzoso hayan tenido principios de conducta que en nada se parezcan; vicios y virtudes que nada tengan de comun.

Quizá dirán algunos (y esto no será por dar mas realidad á las virtudes) que concedo demasiado al amor propio; que hago á los hombres susceptibles de mas perfección de lo que son efectivamente; que los antiguos y los modernos no están conformes en reconocer en los hombres una inclinación al vicio y una oposición á la virtud.

Yo no pretendo entrar en la discusión de este sentimiento, pues me llevaria demasiado lejos, y mas allá de los límites que me he propuesto. Pero sea el que quiera, no puede establecerse una conformidad entre los vicios y las virtudes. Se podrá concluir que hay mas hombres malos que buenos; pero no que los hombres que nos parecen buenos nos sean mas que malos disfrazados.

Pretendo por el contrario, á pesar de lo que pueden decir, que hay una bondad, una justicia, una misericordia, una piedad, una generosidad, una magnanimidad, un desinterés, una fidelidad, una modestia, una moderación, una dulzura, una firmeza, y aun una amistad; en una palabra, que existen virtudes de todas especies y de todos nombres. No insisto en su perfección, en su depuración, respecto á que son virtudes de hombres imperfectos: solo sostengo que son virtudes, aun cuando no sean mas que de la especie de aquellas que un hombre grande decia habian merecido á los romanos la conquista del mundo. La mezcla de complacencia que se halla en ellas, esta satisfacción de alma que es su fruto, podrian ser una perfección en entes mas espirituales; pero no lo son en hombres sobre quienes tienen tanto poder los sentidos.

Lo mismo sucede con el placer que comunican las virtudes á los que las practican, que con el gusto que se halla en comer lo que es bueno. ¿No es el Ser supremo quien ha depositado en los manjares este sabor independiente del arte que convida á los hombres á que se alimenten? ¿Pues por qué no dirémos que es la misma mano la que ha unido al ejercicio de las virtudes este placer, que es inseparable de ellas, y el que forma su primera recompensa, á fin de convidar á los hombres á que las amen?

Es preciso armarse contra los vicios, por que ellos solo merecen nuestra indignación: si no podemos destruirlos representándoles odiosos, los debilitaremos á lo ménos. Guardémonos muy particularmente de disfrazar su deformidad por contemplación al número de los que se entregan á ellos: á fuerza de ver personas viciosas nos familiarizamos con los vicios, como nos habituamos con los rostros mas feos. La fuerza del hábito es inconcebible; presto nos haremos parecidos á los que frecuentamos. El imperio de la moda es demasiado vasto; no lo estendamos hasta la moral.

En el reinado de Enrique III. nadie se avergonzaba de sus excesos: Luis XI. ha hecho mucho daño á la rectitud y franqueza naturales á la nacion que gobernaba: sin Francisco I. nos hubiéramos hecho disimulados: habré cuarenta ó cincuenta años que la embriaguez y la ignorancia tenían un aire de eualidad: ¿no criticamos á ciertas naciones el permitirse excesos que las otras no pueden sufrir?

No hay edad, tiempo ni clima que autorice los vicios: tampoco hay inclinaciones malas que no puedan vencerse. Nosotros no somos libres en tenerlas; pero lo somos en seguirlas.

Todo hombre tiene libertad de elegir entre el bien y el mal. Este sistema es la base de las sociedades, de los gobiernos, de las leyes. La libertad no es de insti-

tucion humana: á cada instante experimentamos su posesion.

Los que decantan pasiones á que no pueden resistir, solo procuran apoyar sus desórdenes sobre un principio que se desmiente en todas las acciones de la vida.

LAS PASIONES.

Lo que ménos conocen los hombres son las Pasiones; están dominados de ellas, y solo obran por su impresion; pero no lo conocen.

La voz pasiones solo está en uso entre ciertas gentes: unas no conocen de ellas mas que el nombre, que aplican á todo indistintamente; y otras se entregan á ellas sin discernimiento. Los que se creen más hábiles pretenden que no se las puede resistir, y que forman la armonía del mundo; y sobre este punto fundan sistemas que prueban su malicia ó su ignorancia.

Por pasiones entendemos una fuerte afeccion del alma, cuya mayor ó menor fuerza depende del carácter del que la experimenta. Hay personas que no tienen pasiones; no son estas las mas infelices: hay otras que solo tienen pasiones, y no son las mas dichosas. Estos dos extremos son raros. No debemos creer mas á los que se jactan de tenerlas, que á los que se glorian de no tener alguna, porque se afecta la pasion y la indiferencia.

Si recurrimos á su origen, convendremos en que siendo las pasiones una afeccion del alma, dependiente del carácter, no somos libres en tener ó no tener pasiones, porque el alma no es dueña de recibir ó no recibir una impresion. No es libre el alma en este artículo: su libertad estriva en consentir ó no consentir en el efecto de esta impresion, y esta libertad está concedida á todos.

Pero debemos convenir en que esta facultad se disminuye á proporcion que nos empeñamos mas y mas con la

impresion recibida; que lo que era fácil de vencer en un tiempo se hace muy difícil de vencer en otro; y que se llega por fin á un estremo en que es imposible resistir, y es en el que la razon nos falta absolutamente. Dejo á otros la explicacion de los diversos grados, por los que se llega á oscurecer y debilitar de tal modo esta antorcha del alma, que de nada nos sirve.

Los lacedemonios creyeron preservarse de la embriaguez viendo á personas ebrias; lo mismo puede suceder con muchas pasiones. La cólera, la desesperacion, los zelos, la envidia, la avaricia y otras muchas se pintan con colores tan negros, que pueden inspirar horror á los que las ven. Estas no son pasiones contagiosas: basta verlas en algun pariente para no entregarse á ellas.

No todas las pasiones se corrigen de un mismo modo. Hay algunas tan lisongeras, que escitan los deseos en vez de extinguirlos. La ambicion, la gloria, y sobre todo el amor, son de este número: la última es la mas peligrosa; es mas fuerte, mas seductora, mas agradable; es la que simpatiza mas con nosotros.

Esta es una pasion indefinible por la multitud de objetos que abraza, y por la diversidad de ideas que se forman de ella: cada uno habla y la considera á su modo.

Yo siento no haber podido nunca concebir el amor independiente de los sentidos: este amor puro, metafísico, de que están llenos los romances, me parece una quimera. El amante que se representa tan perfecto en el *Pastor Fido*, desea mucho, aunque espere poco, y no pida nada. Mas bien creo que los que han decantado tanto este amor imaginario, solo han pretendido echar un velo sobre sus verdaderas pretensiones, para conducir á ellas con mas facilidad á los que el pudor hubiera contenido. Sea como quiera, el mutuo atractivo de los sexos forma la base del amor. La union pura de los espíritus y de los corazones forma la amistad: en esto se diferencia del amor. Si es ménos viva, debemos

atribuirlo á los sentidos que tienen mucha parte en el amor, y poca en la amistad.

Esta depuracion que ha formado de la amistad una virtud preciosa, duradera y digna de los homenajes de los mortales, es la que yo no creo pueda existir entre los dos sexos: es la pasion de las almas virtuosas.

Hay vicios de interes, de vanidad y de zelos, que la destruyen. Todo lo que es perfecto es raro: la amistad exige demasiada perfeccion para que sea comun. Tenemos una infinidad de conocimientos; pero pocas amistades. Las personas sujetas á pasiones fuertes son poco susceptibles de amistad, á no ser que la amistad misma forme su objeto.

La amistad es el consuelo de la vida; solo por falta de reflexion dejamos de formarnos un amigo tempranamente. Después del valor nada hay tan necesario como la amistad para sufrir esta serie de sucesos desgraciados que caracterizan nuestras diferentes edades.

Es preciso hacer sacrificio á la amistad si se quiere tener parte en sus favores. Los que preguntan ¿donde está la amistad? ¿donde se halla? jamas han dado un paso en busca suya. Por lo general, los que merecen amigos, los tienen; los que no los tienen, no los merecen.

Yo adoro la confianza de aquel griego que encargó á sus amigos la dote de sus hijos, y que les sirviesen de padre después de su muerte.

A nadie conozco cansado verdaderamente de vivir, sino al que no tiene amigos.

Los defectos propios de la humanidad no se oponen á la amistad: solo sirven de pretexto á los que son incapaces de tenerla. Es una pretension irracional querer hombres cabales: el *hominem quæro* de Diógenes no se estendia á un hombre sin defecto. Solos los vicios pueden alterar la amistad: admite gustosa el personage de Terencio que dice: *homo sum, humani nihil à me alienum*

puto. Soy hombre, y todo lo que pertenece al hombre no me es extraño.

LA FELICIDAD Y LA INFELICIDAD.

NADA hay mas vago que estos dos nombres, porque no siempre los entendemos cuando hablamos de ellos, sin embargo de que de nada hablamos mas.

Hay una Felicidad y una Infelicidad que se atribuye al acaso: sugetos ilustrados se sirven de este nombre, como si efectivamente existiese un acaso que originase la una ó la otra. Cuando se les estrecha sobre lo que quieren decir, nada responden, ó recurren á la ignorancia tenebrosa en que vivimos. Citan acaecimientos felices é infelices, que no se pueden atribuir, segun ellos, sino á un acaso que ignoran, y sobre el que racionan tanto ménos, cuanto dejaria de existir, si lograsen definirle.

Es locura establecer un destino, una estrella, una ciega fatalidad á quien se concede un imperio absoluto sobre los hombres: basta racionar para convencerse de la falsedad de este ente imaginario. Si nos tomamos el trabajo de examinarlo, hallaremos que la union de muchas causas reales es la que forma la felicidad de este y la infelicidad de aquel; que nada hay en la naturaleza que no tenga una causa efectiva; que sabemos bastante para asegurarlo así, aunque no sepamos lo necesario para hallarla y demostrársela á los que la buscan.

El juego, teatro el mas conocido de esta pretendida felicidad ó infelicidad, trono de lo que llamamos fortuna: el juego es una combinacion que varia al infinito, que puede ser por mucho tiempo favorable á uno y ruinosa á otro, sin que fuera de esta combinacion se pueda descubrir un principio que regle la felicidad ó infelicidad de los jugadores. Si se conociese esta combina-

cion, nadie jugaría, porque conociéndola, sabrían exactamente quien habría de perder ó ganar: esta agitacion de esperanza y de temor, fundada en la ignorancia en que están, y que forma el atractivo del juego, se desvanecería al instante.

Lo mismo que del juego debe entenderse de todas las operaciones, en que los resortes que obran y que conducen nos son desconocidos.

No es esta especie de felicidad ó infelicidad mal entendida por la que se gana ó pierde una batalla. El hombre feliz que pedía el cardenal Mazarin para ponerle á la cabeza de un ejército, era un hombre suficientemente hábil para suplir á la fuerza cuando no la tuviese de su parte. Estaba demasiado ilustrado para pensar de otro modo: su fortuna no la habia producido el acaso; era el fruto de una conducta sabia á quien solo debia su felicidad: sabia que la mayor parte de los infelices lo son por culpa suya.

Hay otra felicidad y otra infelicidad, perteneciente á lo que entendemos por estar ó no estar contento con su estado. Aunque esta especie de diferencia parece mas conocida, no estamos tampoco de acuerdo en la idea que debemos formar de ella, ni en los medios para conseguirla.

Todos quieren ser felices, y lo quieren á pesar de su conducta; pero esta voluntad necesaria es muy ciega: necesita un conductor ilustrado que, en medio de la infinidad de objetos que la rodean y la agradan, la haga discernir aquel que puede formar su felicidad. Un ciego que tiene hambre desea todo lo que se le pueda satisfacer; pero está espuesto á emponzoñarse si no se le escoge el género de comida que debe alimentarle.

Desde que existe el mundo se están haciendo comentarios sobre la felicidad: se la define, se la calcula; pero yo veo comunmente que las personas mas felices son las que jamas han pensado en serlo, y que no sabrian

qué responder si se les preguntase qué cosa es la felicidad que gozan, casi sin conocerlo. Nacidos en parages distantes de la corrupcion, ejercen las artes que han aprendido de sus padres; no conocen otras necesidades que las de la naturaleza; adoran la Providencia que ha subvenido á ellas, y forman del trabajo un hábito que llega á hacerse el origen de su alegría y de su conservacion. Creo se equivocase Virgilio cuando dijo: ¡Felices, felicisimas las gentes del campo si conocen las ventajas de su estado! Quizá serian ménos felices con este conocimiento fatal; la felicidad no pide tanta ilustracion.

A los que gobiernan les son esenciales unos conocimientos profundos: su propia felicidad consiste en medir exactamente la de los pueblos: de esta pende absolutamente la suya, y no hay otra para ellos.

Si demasiados conocimientos perjudican á la felicidad, ¿qué harémos para llegar á ser felices? Un gran número de personas no son libres para no pensar en su felicidad; la buscan luego que piensan en ella; y ¡será imposible que la hallen solo porque la buscan!

La felicidad no depende de nosotros por una parte, y por otra depende. No depende de nosotros, porque nuestro temperamento, nuestro carácter, nuestras ideas no son siempre conformes á nuestra voluntad ni á nuestras necesidades: depende de nosotros, porque este temperamento, este carácter y estas ideas, de que depende nuestra felicidad, son una parte de nosotros mismos que podemos rectificar.

Creemos que nuestra situacion, los acontecimientos de nuestra vida, ó nuestro estado son los que prohiben nuestra felicidad: es un error. Todo lo que está fuera de nosotros, ó que nos es extraño, nada pudiera sobre ella, si nuestras pasiones interiores no tuviesen una relacion habitual con lo que pasa fuera, ó no nos hubiesen sujetado como esclavos á este exterior. Este racion-

nio que la reflexion debe estender y profundizar, me conduce á decir, que si deseáramos ser felices con una voluntad decidida, pocos dejarian de llegar á serlo.

Dos obstáculos hay que superar, y que deienen á todos: el deseo de la felicidad y el conocimiento de esta felicidad. Todo lo queremos á medias, y así se hacen muchas gentes inferiores á su estado. Esta felicidad tan cara, tan deseada, tiene la suerte de los demas negocios de la vida; no la deseamos con una voluntad absoluta.

Peró aunque la deseásemos así, podríamos no llegar á ser felices: es necesario conocer lo que deseamos, y nos falta este conocimiento. Preguntemos á esta multitud de hombres que corren: ¿Qué buscaís? No habrá uno que no responda: Busco la felicidad; pero pocos saben lo que buscan. Millares de hombres pasan así su vida, y mueren sin saber lo que buscaban.

Hay algunos que dicen conocen muy bien el objeto de sus deseos, y que solo les falta un paso para llegar á él. Estos, en mi sentir, son mas ciegos que los otros: solo los alumbraba una luz que los engaña: lo que deseaban con tanto conocimiento no era lo que les convenia, respecto á que su posesion los ha disgustado: no han conocido que se engañaban sino cuando no podian enmendar su yerro.

Observemos á estos hombres que de la mayor pobreza pasan repentinamente á ricos, en los que las necesidades han oscurecido el conocimiento de la verdadera felicidad, y veremos ignoran para lo que pueden servir los millones que poseen. Veamos á estos ambiciosos que del estado de súbditos han pasado al de soberanos: temen que piensen los demas como ellos. Crómwel temblaba despues de haber sojuzgado la nacion mas fierra del mundo: no se atrevia á dormir dos noches seguidas en una misma cama: poseedor de tres reinos, no gozaba ni aun del sueño.

Aunque la felicidad no consista en esto, no debemos sin embargo decir que no la haya. Es necesario tomar otro camino para llegar á la felicidad, y este camino no es desconocido.

Por todas partes reina un órden, una simetría, una relacion, cuyo conjunto forma la hermosura y perfeccion de los objetos. El mar no se agita sino por la accion de los vientos, que causan en sus aguas un movimiento forzado: nosotros no caemos enfermos sino por el trastorno del órden establecido en la organizacion de nuestros cuerpos. ¿Y no podremos decir que del mismo modo que el órden y la calma forma la felicidad, el desórden y turbulencia constituyen la infelicidad? En efecto, vivo persuadido á que la felicidad es el fruto del órden de nuestros pensamientos y de la tranquilidad de nuestras pasiones.

¿Y como estableceremos un órden en nuestros pensamientos? ¿Qué se entiende por este órden y esta colocacion de ideas? Es ver las cosas como son, y no como las ve la multitud; es no formar opiniones sobre su valor, sino despues de un exámen muy maduro; es colocarlas en su imaginacion, segun la relacion y subordinacion que tienen entre sí. La obligacion es primero que los placeres; el honor es preferible á la vida; la salud vale mas que las riquezas.

No es tan fácil acertar á tranquilizar las pasiones. Mayor es el número de los que no han ensayado vencerlas, que de los que han escollado haciendo este ensayo. Comunmente estudiamos en aumentarlas, y aun en restituir las cuando huyen. Pocas son las que se mudan, pues las anteriores ó eran débiles, ó no dependian de la salud, cuya ruina arrastra la suya.

He visto á algunos hombres establecer la felicidad en la multitud de gustos y en la facultad de satisfacerlos todos. Este sistema infeliz, producido por pasiones fogosas, ha hecho llorar públicamente la muerte de mu-

chos jóvenes ricos y voluptuosos, que parecían muertos de tedio, por no hallar en la vida nada que los contuviese en ella.

Hay ejemplos famosos de pasiones, que la reflexion y la prudencia han sujetado ó debilitado de tal modo, que apenas se dejaban advertir sus efectos.

La felicidad merece cuidado y aun trabajo. Digamos á los que se quejan de no ser felices, que no lo son por culpa suya, y nada les diremos que no se pueda justificar. Si se comparasen los males horrorosos á que arrastran las pasiones con lo que puede costar el prevenirlas, no sé si habría quien dudase hacer un esfuerzo.

Los acontecimientos de la vida cambian las fortunas, reducen á necesidades crueles á los mismos que parecían menos espuestos á ellas; pero no deben variar nuestros corazones; es preciso reinemos en medio de nosotros mismos, y que nos formemos un estado que ni la pobreza ni aun la vista de la muerte puedan alterar.

El dolor arranca lágrimas, que debe enjugar el valor: podemos quejarnos sin irritarnos; preferir la muerte á la vida sin desesperacion; ser pobres sin vergüenza, y conservar nuestra libertad entre cadenas.

*Felix qui potuit rerum cognoscere causas,
Atque metus omnes et inexorabile fatum subiecit pedibus.*

Feliz el que ha podido conocer las causas de cada cosa, y pone bajo de sus piés todos los temores y aun al destino inexorable.

LOS ESTADOS DE LA VIDA.

LA necesidad, las escaseces, las pasiones, los vicios y las virtudes, son el origen de los diferentes estados que distinguen á los hombres. La sociedad tiene pocos de estos estados que no la rindan alguna ventaja, y que no

cedan en beneficio suyo; pues á proporcion de este beneficio deben ser estimados y sostenidos. Esto es lo que concede á los unos superioridad sobre los otros.

Nadie puede ser verdaderamente grande, estimable, sino en cuanto contribuye á la felicidad de los demas, y hace un uso útil de su talento y de su industria. Si las producciones de la naturaleza son para los hombres, decía Ciceron, los hombres son los unos para los otros.

Ni las riquezas ni la gloria pueden formar un hombre grande, y algunas veces ni aun mediano. Este debe ser nuestro principio para elegirnos estado, si las circunstancias, la ignorancia, la autoridad de nuestros padres ó las necesidades de la vida nos permiten elegirle; pero de todos modos no debemos perder de vista este mismo principio, para desempeñar dignamente el estado á que se nos haya conducido.

Hallo que tenemos poca indulgencia para con los que son útiles á sus semejantes: los juzgamos con tanto rigor como á los mas inútiles, y á la verdad no debemos mirarlos bajo de tal aspecto.

¿Qué importa á la sociedad que este hombre raro, que este artista industrioso, que este sabio, sea de tal ó tal carácter ó gusto, siempre que la sirva? Si contribuye á la gloria y felicidad de su nacion, debe serle muy caro; es digno de sus homenajes.

La ambicion, que reina por todas partes, sofoca el amor del bien público. No hacemos distincion entre lo que es honesto y lo que es útil; mas juzgamos honesto todo lo que es útil.

Nos quejamos de que hay pocos ciudadanos; ¿y como ha de haberlos? Cada uno es para sí mismo, su estado, su ciudad y su rey. Es permitida una atencion moderada para formar nuestra fortuna; pero la lástima es que todo otro cuidado se sacrifica á este: para nada se cuenta con el interes público. Adherir y consagrar enteramente nuestros talentos al bien del estado, se mira como

una virtud romana, que ya es importuna. Solo se logra, dicen, para sí y para los suyos ingratitude y miseria; como si este servicio del estado no fuese, según nuestras constituciones, el camino mas seguro para hacer fortuna, y como si, en caso de no hacerla, no tuviésemos con que consolarnos, cuando podemos respondernos á nosotros mismos que hemos trabajado por el bien comun de la sociedad.

¿Cómo hubieran trabajado mas útilmente los Colbert y los Louvois á favor de sus familias, no proponiéndose otro objeto que sus ventajas, ó sacrificándose, como se sacrificaron, al bien del estado? Su fortuna se halló hecha como por sí misma, y además gozan de la gloria de haber sido los hombres de su tiempo mas útiles al estado: todavia se les propone como modelos y hombres raros.

Algunos creen erradamente que solo pueden pretender ser útiles al estado los que se hallan en puestos eminentes. Todos pueden serlo á su modo. Los servicios brillantes no son frecuentes, ni dependen tampoco del deseo de hacerlos.

Todos tenemos una esfera que correr grande ó pequeña. Ninguna arte mecánica deja de ofrecer algun artesano recomendable, que aconseja, que ayuda á los otros, y á quien se ama y se respeta: hasta un pordiosero puede ser útil á otro pordiosero.

Todo estaria confundido, si los arbitristas quisiesen servir á su patria mandando los egércitos, y los militares conduciendo la hacienda. Raras veces nos hace salir de los límites de nuestro estado el zelo por el bien público. Cada estado tiene los suyos, y es muy acertado y útil que nos ciñamos á ellos: el entendimiento humano no puede estenderse á todo.

Es presumible que en el dia no se hablara de Descartes, si en vez de la filosofía y geometría hubiera querido estudiar la política. Los hombres mas eminentes en

todo género son los que no se han dedicado mas que á un oficio: puede asegurarse que seriamos perfectos en un estado, si nos ocupásemos únicamente de él.

Para ser verdaderamente útiles á los demas, es necesario que sepamos lo que hacemos mejor que los demas. A quien no se podrá decir, ¿quieres ser buen ciudadano? Conténtate con llenar dignamente tu estado: las ventajas que sacarás de esto, constituirán las de los otros.

Hace mucho tiempo que está comparado el cuerpo político al cuerpo humano. La buena ó mala salud de este depende del modo con que cada parte ejerce sus funciones: los piés no serian útiles, si se mezclasen en las funciones del estómago.

El universo seria demasiado admirable, si nadie representase otro papel que el que le pertenece. No debe servirnos de disculpa ser general el abuso. Lo mismo sucede en el teatro del mundo que en el de la comedia; silvan á los actores que representan personajes para que no han nacido.

El mas vil artesano que desempeña exactamente su oficio, es mas apreciable á la sociedad que un ministro ó un general que ejercen mal el suyo.

No nos dejemos seducir de apariencias, que siempre engañan. No hay estado que deshonne al que le ejerce bien; pero hay muchos hombres que deshonan sus estados por el modo con que lo desempeñan.

Se deberia establecer un luto para la muerte de los buenos ciudadanos. Seria muy justo se escribiesen y conservasen en los templos los nombres de los que mueren despues de haber sido útiles á su patria. Estos registros llegarían á hacerse un origen de gloria y de nobleza, que nadie contradeciria: lo que no fuese útil á la sociedad se estimaría en nada.

En Egipto juzgaban á los reyes despues de su muerte, y honraban como á dioses á los que habían sido los padres de sus súbditos. Los chinos acostumbran con-

servar á la posteridad la memoria de los buenos ciudadanos: el emperador mismo escribe su elogio, que es en aquellos pueblos el solo título de nobleza. Todo hombre es capaz de hacer bien á otro hombre; solo los reyes y sus ministros pueden hacerlo á una sociedad entera.

Me lisongeo de que entre este número prodigioso de hombres, reducidos á sí mismos para todo trabajo y pensamiento, á quien parece que su estado prohíbe todo trato con los humanos, hay pocos que no se acuerden de su inutilidad, y que no se reprendan la ociosidad en que viven. Los principios de que rellenan sus cabezas, y con que entretienen sus ratos de descanso, no pueden prevalecer sobre los sentimientos de la naturaleza, acerca de los que podemos atolondrarnos, pero no destruirlos.

¡Qué de talentos sepultados, qué de artes abandonadas, qué de tierras incultas necesitan su socorro; los llaman á gritos, pero no son escuchados! En una ocupacion proporcionada á su gusto, es donde hallará el hombre su felicidad, y al mismo tiempo contribuirá á la de la sociedad.

LOS PLACERES.

EL Placer no se define, se experimenta. Su imperio es el mas absoluto: querer substraerse de él en un todo, es una quimera; obedecerle como esclavo, es degradarse. He visto que los que quieren vivir sin placeres dan en locura; y los que se entregan á ellos, se embrutecen y hacen desconocidos. Los primeros se olvidan de que están compuestos, y por querer ser todo espíritu, dejan de ser racionales. Los otros ignoran lo que deben á su alma, la mas noble porción de sí mismos, y se hacen semejantes á los brutos, cuyas inclina-

ciones siguen. Mas peligroso es entregarse enteramente al placer, que privarse de él en un todo; pero lo uno y lo otro es contra la razon.

Somos el efecto de la union de dos facultades tan indefinibles en sí mismas, como en el modo con que están unidas. Nuestra ignorancia sobre este punto no impide que sepamos que cada una de ellas tiene sus placeres.

Los hay del alma, y los hay de los sentidos. No examino si estos últimos son independientes de los otros, y si puede haber alguna satisfaccion en que no tenga parte el alma: lo que sé es, que los placeres de esta son superiores á todos los demas; que tarde ó temprano nos avergonzamos de habernos entregado á los que ella no aprueba; que hay placeres que la degradan, que la envilecen, y son los que ella repugna. Cuando los produce el desórden, producen tambien ellos en la fortuna, en la salud, en la reputacion y en la conducta de la vida variaciones funestas, que inútilmente nos forzamos en reparar.

¡Desgraciados de los que por la voz placer no entienden otro que el de los sentidos! Le estienden á todo, y jamas le satisfacen plenamente. Cuando no se forman los hombres unos principios mas ciertos sobre los placeres, no entienden sus verdaderos intereses: por no conocer los placeres del alma, que duran, y que los aseguran contra todos los acontecimientos de la vida, corren tras de los placeres pasajeros, que no dependen de ellos, y que se acaban en el tiempo precisamente que mas los necesitan para dulcificar la amargura de la vida; su misma vivacidad es el principio de su corta duracion. Algunos momentos de placer en una vida larga ¿pueden obsecarnos sobre su naturaleza, y hacernos que los prefiramos á todo?

Debemos principiar tempranamente á ejercitar el alma en los que la son propios, para recoger sus frutos en la vejez ó en el tiempo de las debilidades.

Solo el estudio, los conocimientos y las reflexiones pueden elevar al hombre al feliz estado de gustar los placeres perfectos. Por poco que conozcamos á nuestros semejantes, advertiremos, con vergüenza para nuestra especie, que la alegría, el buen humor y dulzura de la vida acaban con lo que se llama placer. No nos persuadamos á que la cesacion de estos nos conduzca á los otros, ni que entónces nos hallemos en estado de variarlos, porque nos esclaviza el hábito, y solo conocemos el peso de sus cadenas, sin saber romperlas ni aligerarlas.

Sería un absurdo creer que no todas las almas son susceptibles de estos placeres puros, que son de un gran recurso. Los hombres con corta diferencia todos son capaces de unas mismas cosas.

El placer de saber no es extraño á nadie, sino á los que nunca han sabido que existe. Por mas que se diga que los libros fatigan, se sabe que solo es por cierto tiempo. Los que han tenido valor para vencer su primera repugnancia á la lectura, no han dejado de hallar placer en ella. Los libros son para el alma lo mismo que el alimento para el cuerpo: se pone lánguida, se debilita, se anonada sin este alimento, por el que raras veces suplen las conversaciones, y no siempre pueden reemplazar.

La vista de las bellas cosas, la admiracion que escitan, las reflexiones que producen, los conocimientos que comunican, la sensibilidad que causan y los descubrimientos que se las añaden, son un perenne manantial de placeres. El espíritu en cierto modo es infinito; no se gasta, se perfecciona con el uso que se hace de él.

Los hombres serán siempre mas insensatos que pecaminosos. Por un efecto de vanidad creen que son independientes de los sentidos; se espiritualizan mucho mas de lo que deben; y cuando se trata de los placeres, son terrestres, groseros y materiales.

Yo preguntaria de buena gana á estos á quienes ha

perdido una excesiva facilidad en satisfacerse, que se miran como desgraciados porque no les quedan placeres que esperar; los preguntaria, repito, ¿si han agotado este libro del mundo, que provee de tan diversos espectáculos? si están cansados de las producciones de la naturaleza á fuerza de haber reflexionado sobre ellas? si no hallan gusto en el ejercicio de las artes y del talento? si no son sensibles al placer de constituir á otros felices? si la felicidad de amar y ser amados no tiene encanto para ellos?

Los placeres no nos huyen; se presentan de mil modos diferentes, se ofrecen de tropel, no murmuran de la eleccion que hacemos de los unos con preferencia á los otros, y los hay para todos caracteres, para todos estados. Si elegimos mal, solo nosotros tenemos la culpa: en el estado de languidez y de tedio en que caemos infaliblemente, hallamos el castigo de nuestra mala eleccion.

Muchas veces envidiamos los placeres de los mismos cuya condicion y fortuna despreciamos. Podríamos tenerlos como ellos, mas que ellos, si nos persuadiésemos á que el trabajo es uno de los manantiales del placer, y quizá el mas cierto. Una vida ociosa es necesariamente una vida triste.

En el mundo en que vivimos, vemos que los hombres mas tediados son los que nada hacen, y al mismo tiempo los mas tediosos. Son insoportables á sí mismos, á sus familias, á sus amigos, á los que no los conocen; todos se fatigan de verlos.

El famoso Pelisson se divertia en la Bastilla en domesticar una araña. No se puede ponderar cuanto obra el trabajo en nuestros espíritus, el vacío inmenso que llena; es una mecánica, cuyos efectos son tan ciertos é insensibles como ignorado el modo.

Creemos que son los grandes desastres los que afligen los hombres; pero es la inaccion que los sigue, produ-

cida por el abatimiento. Penetrada su imaginacion de la caída que han dado, solo los representa lo que han sido y lo que son. Un trabajo que no le creen capaz de restablecer su antiguo estado, es insípido para ellos: no conocen la necesidad de él para borrar la continuada vista de su desgracia. La languidez y la muerte, casi inevitable de sus semejantes, no son mas que lecciones funestas é infructuosas de la debilidad del espíritu humano.

El dictador arrancado del arado para mandar los egércitos, volvía á él sin pesadumbre, cuando el fin de la guerra ó los malos sucesos le restituían á su antiguo ejercicio. ¡Era esto entre los romanos el efecto de una superioridad de genio, que nos vemos precisados á reconocer en muchas ocasiones! Ellos no morirían, porque el amor al trabajo era carácter de su nacion, como la ociosidad es acaso un defecto de la nuestra.

Para procurarse placeres se recurre á muchas cosas que no valen la pena: este medio se desprecia porque es fácil; es un medio que no merece confianza, solo dispone remedios simples.

LOS HONORES.

LOS Honores no lisonjean mas que la vanidad; pero la vanidad tiene muchas ramas. Creemos solicitarlos solo por el bien público, ó por los adelantamientos de la familia: cuando los pretendemos, nos persuadimos á que nuestros sentimientos son mas nobles que los de los otros, y nos juzgamos mas felices cuando llegamos á obtenerlos.

Las pasiones están subordinadas entre sí, y se ceden la primacia de edad en edad. Es muy difícil que en la juventud no se la lleven los placeres: entónces nos lle-

gamos á persuadir, que podemos mirar con indiferencia ciertas obligaciones, que son de todas edades. Esto es un error, que lisonjea demasiado para que no le autorizemos. Los jóvenes le sostienen por interes, y los ancianos por reconocimiento.

El abuso que hacemos de los placeres, y los limites que es preciso prescribirlos, los privan muy tempranamente de toda aquella vivacidad que constituye su mérito, y arrastran á los hombres á que soliciten honores y dignidades, de las que se embriagan mas ó ménos, segun el carácter que los domina.

La multitud de los que perecen corriendo tras este fantasma de gloria, no corrige á nadie. Es un mal que para temerle es preciso haberle experimentado: la esperiencia de los otros no es mas que un sueño: hallamos en su conducta obstáculos y dificultades, que estamos ciertos de no tener nosotros: somos mas inteligentes, mas sabios, mas felices. Solo pereciendo, como ellos, conocemos, aunque tarde, la falta irreparable que hemos cometido en preferir á la paz y libertad unos trabajos inútiles á nuestro adelantamiento y nuestra gloria, que solo han servido de alterarnos, de forjar nuestras cadenas, y aun de apresurarnos la muerte.

La ambicion es desreglada en la mayor parte de los hombres: los mas ambiciosos no son los que tienen mas talento. Si examináramos seriamente el modo con que están distribuidos los honores, casi nos avergonzaríamos de desearlos: la vida privada es el puesto mas honorífico.

Comunmente se dice: ¡Qué se haría de los cargos y de los empleos si no hubiera ambiciosos! qué se haría de ellos! Conferirlos á los mas dignos, que serán por lo regular los que ménos los deseen.

La cábala y la intriga los arrancan al soberano, que no siempre es dueño de negarlos ni de elegir: las cosas han llegado á términos que no se puede pensar sino en los que procuran hacerse conocer y valer.

cida por el abatimiento. Penetrada su imaginacion de la caída que han dado, solo los representa lo que han sido y lo que son. Un trabajo que no le creen capaz de restablecer su antiguo estado, es insípido para ellos: no conocen la necesidad de él para borrar la continuada vista de su desgracia. La languidez y la muerte, casi inevitable de sus semejantes, no son mas que lecciones funestas é infructuosas de la debilidad del espíritu humano.

El dictador arrancado del arado para mandar los egércitos, volvía á él sin pesadumbre, cuando el fin de la guerra ó los malos sucesos le restituían á su antiguo ejercicio. ¡Era esto entre los romanos el efecto de una superioridad de genio, que nos vemos precisados á reconocer en muchas ocasiones! Ellos no morirían, porque el amor al trabajo era carácter de su nacion, como la ociosidad es acaso un defecto de la nuestra.

Para procurarse placeres se recurre á muchas cosas que no valen la pena: este medio se desprecia porque es fácil; es un medio que no merece confianza, solo dispone remedios simples.

LOS HONORES.

LOS Honores no lisonjean mas que la vanidad; pero la vanidad tiene muchas ramas. Creemos solicitarlos solo por el bien público, ó por los adelantamientos de la familia: cuando los pretendemos, nos persuadimos á que nuestros sentimientos son mas nobles que los de los otros, y nos juzgamos mas felices cuando llegamos á obtenerlos.

Las pasiones están subordinadas entre sí, y se ceden la primacia de edad en edad. Es muy difícil que en la juventud no se la lleven los placeres: entónces nos lle-

gamos á persuadir, que podemos mirar con indiferencia ciertas obligaciones, que son de todas edades. Esto es un error, que lisonjea demasiado para que no le autoricemos. Los jóvenes le sostienen por interes, y los ancianos por reconocimiento.

El abuso que hacemos de los placeres, y los limites que es preciso prescribirlos, los privan muy tempranamente de toda aquella vivacidad que constituye su mérito, y arrastran á los hombres á que soliciten honores y dignidades, de las que se embriagan mas ó ménos, segun el carácter que los domina.

La multitud de los que perecen corriendo tras este fantasma de gloria, no corrige á nadie. Es un mal que para temerle es preciso haberle experimentado: la esperiencia de los otros no es mas que un sueño: hallamos en su conducta obstáculos y dificultades, que estamos ciertos de no tener nosotros: somos mas inteligentes, mas sabios, mas felices. Solo pereciendo, como ellos, conocemos, aunque tarde, la falta irreparable que hemos cometido en preferir á la paz y libertad unos trabajos inútiles á nuestro adelantamiento y nuestra gloria, que solo han servido de alterarnos, de forjar nuestras cadenas, y aun de apresurarnos la muerte.

La ambicion es desreglada en la mayor parte de los hombres: los mas ambiciosos no son los que tienen mas talento. Si examináramos seriamente el modo con que están distribuidos los honores, casi nos avergonzaríamos de desearlos: la vida privada es el puesto mas honorífico.

Comunmente se dice: ¡Qué se haría de los cargos y de los empleos si no hubiera ambiciosos! qué se haría de ellos! Conferirlos á los mas dignos, que serán por lo regular los que ménos los deseen.

La cábala y la intriga los arrancan al soberano, que no siempre es dueño de negarlos ni de elegir: las cosas han llegado á términos que no se puede pensar sino en los que procuran hacerse conocer y valer.

Se da dinero por obtener un empleo, cuyos primeros deberes son el desinterés y la rectitud. El que es rico, aun con la mayor ineptitud, aspira á todo, y todo lo consigue. Se espera á saber si es digno de los empleos cuando llega á poseerlos: en lo que ménos se piensa es en el mérito que exigen. Nos ocupamos del exterior del estado que queremos tomar, de las rentas que produce, de las prerogativas que goza, de la consideracion que nos adquiere; nos alimentamos del humo que le sigue, reglamos de antemano el aire que hemos de observar con nuestros iguales, ya inferiores nuestros. ¡Llegamos á obtenerlos! Principiamos á llenar la cabeza de distinta suerte, variamos el modo de andar, y hasta el tono mismo de la voz. ¡Con qué placer recibimos los homenajes de nuestros rivales por violentos que sean! ¡Qué no nos prometemos de la complacencia, de la baja adulacion de los que, no conociendo mas que los empleos, cuyo brillo los alucina infaliblemente, jamas tienen consideracion á los hombres que los ocupan, y para los que el asno mismo que lleva las reliquias es un objeto de adoracion!

Si es muy raro llevar á las dignidades el talento y habilidad que piden, es todavia mucho mas raro el no embriagarse de la pompa que las rodea.

Es tan lisongero el mandar, el tener en sus manos la disposicion de la fortuna y de la vida de los otros, que con facilidad nos olvidamos de la importancia del empleo, para ocuparnos únicamente del placer de obtenerle.

Los verdaderos sabios no piensan así: temen ménos los embarazos á que se sujetan, que las obligaciones que se imponen. Mas los hace temblar su conciencia, que la dificultad de contentar á los que han de juzgarlos. Se avergonzarian de hallar en todo lo que los rodea y los adula otro placer, que el de hacer el bien que está á su cargo. Los murmullos de la multitud no los afligen

sino en cuanto son conformes á los de su conciencia: cuando esta está contenta, lo están ellos tambien: ¿qué podemos temer de los hombres, cuando nada tenemos que temer de la conciencia?

Esto es lo que los hace superiores á todos los reveses: ni es ni puede ser otro el principio de su tranquilidad. No se irritan de la ceguedad de la fortuna, ni la querrán con ojos, porque su naturaleza es no tenerlos: la verán llamar á la puerta del mas indigno, despues de haber cerrado la suya, sin ofenderse de una preferencia que el solo capricho ha producido.

Nada maravilla ménos que lo caprichoso de las elevaciones y de las caidas: hace tanto tiempo que reinan, se manifiestan tan bien, que no nos psuma ser testigos de ella. Un hombre feliz por mucho tiempo en un puesto eminente es una especie de prodigio.

El amor del bien público es el solo atractivo legitimo de los honores, el solo que puede estorbar nos disgustemos de ellos. Todo otro motivo engaña por algun tiempo, y al fin castiga al que ha sido engañado.

La guerra, este oficio terrible en el que los hombres son la moneda del juego que se juega en él, es entre todos los estados el en que el mérito eleva á los honores con mas justicia. Una bella accion á que se sobrevive, es un título que habla por sí solo; no necesita de auxilios ajenos para hacerse conocer: nadie se atreve á contestarle; parece que al mismo príncipe faltan recursos para satisfacer, segun su voluntad, á todos los que merecen recompensas en este género. La clase que corre ménos peligro, debe contribuir á las necesidades de la que corre mas, porque no basta hacer votos por los que esponen su vida por la patria, y cuyo menor perjuicio es empobrecerse sirviéndola.

No confundamos la emulacion con la ambicion: la primera es digna de las almas bien nacidas: seria una dolorosa desgracia que no esperimentásemos este ardor, este

movimiento del corazón á vista de los que se distinguen por sus acciones brillantes. Me acuerdo que leyendo las vidas de los grandes capitanes de Cornelio Nepote, me llenaba de admiración hácia ellos, y aunque niño, esperaba transportes que me arrebataban.

La imitación tiene un no sé qué de servil, que repugna á la elevación de los sentimientos: la ambición es una pasión peligrosa por los excesos á que conduce, y que la caracterizan; pero la emulación es legítima. Es un deseo de obrar bien, que honra el alma, y que con el ejemplo de los otros la ayuda á superar los obstáculos que se oponen á la continuación de las grandes cosas. Como no tenemos emulación sino para el bien, jamás se halla corrompida ni por la envidia ni por los zelos que la deshonoran.

Debemos mirar con gusto la gloria de los otros. Si tenemos vergüenza de que nuestros semejantes cometan acciones bajas, si nos creemos humillados por ellas, debemos hallar alegría en verlas ejecutar gloriosas; participamos del honor que los resulta de ellas. Todos tenemos interés en que los hombres sean estimables: nunca son con más razón nuestros hermanos, que cuando son dignos de alabanza.

Raras veces somos dueños de hacernos amar; pero lo somos siempre de hacernos estimar. Esta estimación es el verdadero principio de la consideración, que no siempre está unida á las dignidades.

La mayor felicidad que pueden tener los hombres en su vejez, es la de ser estimados. Esto jamás se consigue sino con el mérito: ni los encargos, ni los empleos adquieren esta estimación; solo se logra por el modo de conducirse: es preciso principiar á merecerla tempranamente.

El mundo nunca olvida ciertas faltas de la juventud: estiende el castigo de ellas hasta la edad más avanzada, cubriendo de desprecio al que ménos lo esperaba, y que

creía falsamente que su estado repararía su honor. Hay faltas más difíciles de repararse, que lo hubiera sido no cometerlas.

La consideración es un tesoro que debemos buscar por mucho tiempo y desde nuestra entrada en el mundo. Los primeros pasos en este país tan risueño á la vista, y tan formidable en efecto, deciden de toda la vida. Siempre se nos creará lo que representamos cuando llegamos á él: jamás se cuenta sobre reformas esenciales, y á fe que no falta razón: se calcula lo que la edad y la experiencia pueden producir: se sabe que el honor y los sentimientos nada adquieren con el tiempo: toda acción que no se conforma á ellos, es una acción cuyo efecto es eterno. Podemos decir que es más necesario á la juventud evitar el mal, que practicar el bien, si lo uno pudiese estar sin lo otro, porque es más común olvidar el bien que el mal.

LA POLÍTICA.

LA Política es el conocimiento de los medios que conducen á un fin. No debe proponerse sino objetos honestos, ni emplear más que medios legítimos. Es el alma de los estados y los gobiernos; es la ciencia del entendimiento la que más le ejercita: más talento exige ella sola que otras muchas juntas.

No debemos maravillarnos de que haya pocos políticos. Su formación exige calidades que se reúnen raras veces: una penetración viva y un juicio sólido; muchos conocimientos y el arte de hacerlos valer; un aire abierto y pensamientos ocultos; mucha imaginación y sangre muy fría; penetrar á los hombres sin que ellos lo conozcan; lisonjear su amor propio á costa del suyo; tener paciencia é importunar; ser prudente y no pare-

cerlo siempre; no manifestarse lo que es, ni manifestar lo que no es; persuadir á los hombres sus verdaderos intereses, á pesar de las pasiones fogosas que los apartan de ellos; suscitarles ideas á que se opone su entendimiento, y acostumarlos á ellas, hasta empeñarlos en seguirlas, como si ellos fuesen sus autores; hacerse dueño de sus pasiones para no dejar á los que los examinan medio alguno de descubrirlas ó aprovecharse de ellas.

Una turba de espíritus medianos, aplicados inoportunamente á los negocios del gobierno, incapaces de esta superioridad de inteligencia, necesaria al manejo de las grandes cosas, y mas incapaces todavía de ceder á otros una ocupacion tan superior á sus fuerzas, han recurrido á las trampas, á la mentira, á la mala fe. Algunas veces han salido bien; pero esto puede ser suficiente para acreditar un método detestable, y para establecer que los mas diestros políticos solo son unos bribones hábiles! ¿Quién no ve que tales buenos éxitos son pasajeros, y que tarde ó temprano se penetran las intenciones injustas que los prepararon! ¿Qué es quedar arruinado para lo sucesivo, pues se pierde la confianza de aquellos á quienes se ha engañado una vez?

Desgraciados de los reyes, cuyos ministros no aseguran ó restauran su poder sino por medio de la injusticia y de la falsedad. Mas daño causan tales ministros á sus amos, deshonrando su autoridad, que aumentos pueden adquirirlos. ¿Cuántos estados han perdido su verdadera gloria por un solo tratado?

No hay razon para creer que los intereses de los príncipes no exijan tanta rectitud y probidad como los de los particulares: por el contrario, pedirian mas, si se admitiese mas y ménos en la probidad, que es indivisible. El velo con que se ocultan los negocios de estado, solo debe servir para conservar un secreto necesario á su buen éxito; no se ha hecho para encubrir intrigas injustas: la verdad, que le rompe á su tiempo, deja ver patentemente los resortes que se han jugado.

Se sorprende á sus rivales por una mayor vigilancia; se les hace cometer faltas de que se saca fruto, no se les dice todo lo que se piensa, se ve mas que ellos, se les escede en habilidad, en actividad; pero es preciso avergonzarse de emplear armas que no apruebe la justicia; debemos negarnos á estas tramas de maldad y de perfidia, que solo puede hurdir la ambicion en los monstruosos excesos de que es capaz.

La destreza y la falsedad, la cábala y la astucia, se tocan, pero no se parecen.

No seria difícil demostrar, que nada asegura mejor el éxito de una negociacion que la probidad y la buena fe. Concilian la estimacion y confianza de aquellos con quienes se trata. Sin ellas se pierde infinito tiempo en desconfiar los unos de los otros, se engañan mutuamente, se teme proponer lo que hubiera salido bien, se esperan, se observan. Entre tanto, el asunto yace en la languidez; el momento decisivo que le hubiera terminado se desvanece.

La probidad y la buena fe toman un camino, que no está embarazado por el encuentro de sus rivales: los preceden, llegan á su fin ántes que supiesen que iban á él.

Se cree que hay muchos secretos en el estudio de la política: yo no sé si la rectitud de conducta no es el mas esencial: en ningun caso está sujeta al arrepentimiento. Se podría formar un volumen de las negociaciones destruidas por no haberla puesto en uso.

¿No nos desprenderemos jamas de la falsa máxima, de que no podemos hacernos dueños de los hombres sino engañándolos? Es un camino abreviado que debe sonrojarnos, que prueba una debilidad despreciable; supone una falta de inteligencia y de capacidad. Mejor seria renunciar á la política, cuando nos conocemos faltos de talento, que profanar su uso, deshonrándonos á nosotros mismos.

¿Con qué ojos miramos á estos famosos políticos, á quienes han hecho mas célebres sus injusticias que el poder á que se eleváron? El honor nunca pierde sus derechos. Un ambicioso envidiará quizá el puesto que ocupáron, aunque les costase muchos sacrificios obtenerle; pero su pasion no hace ley para nadie. Siempre cubrirá su nombre y el de sus semejantes un título odioso, inventado para amedrentar á los que sigan la misma carrera. Un buen éxito jamas borra la vergüenza de los medios que se han empleado: la conciencia pública es un temible tribunal donde se les juzga con severidad: los condenados en él lo son sin apelacion.

La política fué entre los romanos la licencia, que quizá les dió mas derecho á la admiracion de los hombres. ¿Qué multitud de acciones memorables no ha producido entre ellos, marcadas todas con el sello de la buena fe, la grandeza de alma y la generosidad? Si estuviese concedido á los establecimientos humanos el durar siempre, la república romana pudo pretenderlo, tanto por la prudencia de su política, como por la superioridad de sus armas.

Un tratado admirable, ménos conocido que una multitud de otros de que está llena la historia, es el de Trifon. Este príncipe se habia apoderado del trono de Siria, despues de haber dado la muerte á Antioco, de quien era tutor, y á quien pertenecia la corona. Trató de asegurar su nuevo título por un decreto del senado. Trifon creyó deslumbrar á los romanos con una estatua de oro de 100 marcos de peso, que representaba la victoria, sujeta á estos señores del mundo, y la hizo conducir á Roma por sus embajadores. El senado, por respeto al feliz presagio de la victoria que parecia llevar consigo, admitió el presente; pero volviendo esta admision contra el usurpador mismo, hizo grabar por inscripcion de la estatua el nombre del legitimo príncipe á quien habia muerto el tirano.

Una nacion viva y guerrera no admite de buena gana esta ciencia, lenta en sus operaciones, aunque gloriosa en sus sucesos: todo lo que la hace esperar cree que la cuesta muy caro. Quiere vencer con tanta prontitud como pelea. La espada con que cortó Alejandro el nudo gordiano, es el instrumento de que se sirve con preferencia para decidir de sus derechos y de los de sus rivales.

La humanidad padece en hacer derramar una sangre, y morir unos hombres que pudieran haberse evitado. Nunca fué mas grande Mazarin, que cuando á fuerza de persuasiones reconcilia los egércitos de Francia y España, ya á la vista para atacarse. Es sin duda mas glorioso reinar con la prudencia que con la fuerza: el héroe que ha derramado mas sangre, es muy inferior al héroe que mas ha evitado que se derrame.

LAS RIQUEZAS.

LAS ventajas y peligros de las Riquezas son muy conocidos; pero ni estamos conformes acerca del uso que debemos hacer de ellas, ni las apreciamos por lo que valen; constituyen una gran diferencia entre los hombres. Todos las desean y las aman: los que tienen ménos son los que mas mal hablan de ellas: es muy raro que se hable justamente, y mucho mas raro todavia que se usen bien.

Es inútil esperar que los ricos miren á los pobres como á sus hermanos, ni que los alivien á proporcion de su miseria: se han aumentado sus necesidades hasta tal punto, que no los dejan medios para cumplir esta primera obligacion que impone la humanidad.

No ha entrado la moda por elegir un cierto número de familias indigentes que ayudar, como de perros y caballos que mantener: jamas se ha reflexionado sobre las

ventajas que resultarían de esto para la felicidad de la sociedad.

Yo no pretendo que todos los que se dicen pobres, ni aun muchos que lo son en realidad, merezcan ser socorridos; es muy fácil hacer la distinción.

De cuantos niños nacen en la indigencia, muere la mayor parte por falta de socorro: estos no podemos decir que sean culpables de su miseria. ¡Qué pérdida para la sociedad, á quien hubieran servido, y que realmente carece de hombres! Nos lamentamos de que hay pocos: la dureza de los ricos es quien los mata.

Se escriben libros sobre las ventajas del lujo; se le cree de un recurso admirable para los estados en que se introduce; pero este mismo lujo, llevado al exceso, lo absorbe todo hasta el patrimonio de los pobres. Nadie se atreverá á decir que los bienes que produce sean comparables con el de conservar individuos á la sociedad, que él destruye visiblemente.

La posesión de las riquezas trae consigo cuidados y placeres, que dejan poco lugar para semejantes reflexiones: ricos han muerto sin haberlas hecho jamas: los que nacen en una perfecta abundancia, no conocen lo que es un pobre. Es necesario que los amemos. Yo he visto un niño que, en una edad en que solo el mal ropaje podía enseñarle que no eran tan felices como él, procuraba consolarlos, y, á falta de dinero, los daba todo lo que servía á sus placeres. La humanidad hablaba en él: solo se trataba de reglarla para hacerla justa: las reflexiones no deben producir otra cosa.

Las riquezas se han hecho tan necesarias, han adquirido un crédito tan formidable, se consigue con ellas tan fácilmente todo lo que se quiere, que no es extraño que la multitud, mas habituada á satisfacer sus necesidades, que á reflexionar sobre su origen, las adore, crea que nada hay superior á ellas, se obceque sobre los medios de adquirirlas, diga con el hombre de Horacio:

..... Rem facias; rem,
Si possis, recte, si non, quocunque modo rem.

Los verdaderos filósofos no piensan así: borran del número de los felices á los que solo lo son por sus riquezas: no aplauden los errores del pueblo, que los cree tales: protestan, aun cuando no sean escuchados, que la verdadera gloria y felicidad solo se ha hecho para los que miran los tesoros sin comoverse, y que los poseen sin abusar de ellos.

Yo creo que hay virtudes abandonadas, por no conocer su precio ni las ventajas que producen. Méno por repugnancia á lo que exigen, que por no tener una idea justa de ellas, se las prefiere una conducta miserable que ellas condenan.

Después de un buen rey, es un rico virtuoso la imagen mas parecida al Ser supremo, porque es capaz de cuantas especies de bienes quiere hacer: este es un poder que le conceden sus riquezas, y al que no pueden suplir ni el mérito ni la mayor voluntad. En sus manos tiene el remedio para casi todos los males de la vida: las riquezas suavizan maravillosamente los infortunios, que no pueden borrar en un todo.

En vez de emplear las riquezas en este uso que las comunica tanta brillantez, y el solo de que son susceptibles, se las hace servir para fines que no las pertenecen. Nos engreimos, despreciamos á los que no las tienen, nos hacemos fieros, difíciles, intratables, y aun algunas veces crueles. ¡Qué se gana en pervertir de este modo los mejores medios?

El sabio no desea ni las riquezas ni la pobreza. Este estado feliz de medianía es muy raro, y no podemos elegirle. Nadie se desprende de lo que tiene para quedarse en él, ni trabaja en ceñirse á su monotonía. Los que viven en él solo están contentos, porque no pueden pasar adelante.

El mundo está dividido en ricos y pobres. Este medio tan decantado y razonable no puede formar una clase separada: no es del gusto de los hombres; admiran su retrato en las descripciones que se hacen de él, y aun se creen felices si le obtuviesen; pero hacen cuanto les es posible para no verse en él. Es perder el tiempo predicar á los hombres la medianía: aunque no lo sean, yo los creo mas capaces de usar bien de las riquezas, que de no desear mas que las que necesitan. Tienen en sí mismos deseos, cuyos objetos confunden perpetuamente: miran á las riquezas como objeto universal, porque sirven para todo.

En el corto espacio de la vida, cuya mitad se emplea en aprender á pensar, y la otra mitad en no pensar nada; en este caos de placeres y de penas que enagenan al hombre; en esta multitud de sucesos que producen las pasiones, pocas personas tienen tiempo ó capacidad para reflexionar sobre las ventajas de la medianía.

Muchas ménos son las que se hallan suficientemente exentas de errores y prevenciones para abrazarla; por el contrario, la moda universal es correr en pos de las riquezas, y ocuparse únicamente de ellas, aun con el riesgo de lo que puede sobrevenir. Se vive con la esperanza de adquirirlas y gozar de su posesion: lo primero llega tarde, y lo segundo nunca.

Por un efecto de imbecilidad humana, apénas hay un rico feliz que sepa usar de sus riquezas: los que las poseen gastan en pompas, en satisfacciones esteriorees lo que debieran emplear en adquirirse placeres verdaderos; de estos placeres, que llenándolos ellos mismos de delicias, los harian adorar como á dioses. No se me persuadirá á que pudiera nadie negarse á esta felicidad si la conociese; pero no sabe que existe.

Después de la injusticia en la adquisicion de las riquezas, el vicio mas odioso que producen es la avaricia. Esta es una pasion bárbara, que sin estar armada de

veneno ni puñal, asesina á los hombres, dejándolos pe-
recer por falta de socorro. La ridiculez con que cubri-
mos y miramos este vicio, no le castiga suficientemente:
debía establecerse que se privara de sus riquezas á los
que las entierran, á los que, sin atencion á las necesi-
dades de la sociedad, juzgan gozar de sus tesoros no
usando de ellos, y que creerian verlos disminuir, si los
registrasen otros ojos que los suyos. La pretendida fe-
licidad de que gozan, no es legitima: no son felices sino
por la infelicidad ajena.

El avaro gusta siempre de preservar su hacienda; evi-
ta la sociedad de personas que no tienen tanta como él;
prefiere de ordinario un bribon rico que le divierte, á un
pobre hombre honrado que pudiera fastidiarle.

Solo personas incapaces de estudiar el corazon huma-
no, son las que adulan al avaro, pues pocas veces pue-
den esperar de él socorro. Se logra divertir á un a-
varo, pero nunca ablandar su alma; es inaccesible á la me-
nor sensibilidad. Se rie á costa de los que une á él la
esperanza, y cuyas miras penetra muy finamente.

La economía con que se disculpan los avaros, es una
virtud que nada tiene de comun con ellos: es tan esti-
mable, como punible la avaricia. Sin ella se disipa-
rian las haciendas mas arraigadas. Raras veces se
ciñe el pródigo á mal gastar sus propios bienes; come
los ajenos, después de haber devorado los suyos. Las
pasiones dejarían de serlo si conociesen límites: la
prodigalidad es una á quien siguen una infinidad de vicios.
Se ha dicho con razon que es mas difícil conservar las
riquezas que adquirirlas. Tal rico compra bien cara la
infamia con que se cubre: tal avaro, con las acciones
mas contrarias á las leyes de la sociedad y de la huma-
nidad, aumenta el desprecio con que se le mira, y hace
suspirar por el instante en que la tierra se libraré de una
carga tan pesada.

LOS HOMBRES.

EN todos tiempos se ha escrito sobre los Hombres: se ha dicho de ellos mucho bien y mucho mal; pero ni se han hecho mejores ni peores. Lo que yo voy á decir de ellos nada tiene de comun con lo que se puede aprender en los libros; quiero hablar con arreglo á mis ideas.

La primera regla que es preciso observar respecto á ellos, es la de mirarlos como á hermanos nuestros, y lo son por todos títulos. El horror con que debemos mirar sus vicios, no ha de estenderse hasta sus personas. Los aborrecimientos de nacion, de religion, de partido, son afrenta de la humanidad: tienen su origen en la vanidad, en los zelos, en el desórden de una imaginacion que solo sigue sus caprichos. Desconfiemos de ella en el curso de nuestra vida, porque solo es buena para las ciencias y las obras de genio, como que es madre de la invencion; pero fuera de esto, forma los fanáticos, los entusiastas y los locos; gente mas digna de compasion que de cólera, y algunas veces mas peligrosa que criminal.

Hay personas cuyas obras se pueden leer y aun estimar, y su trato suele ser desagradable ó funesto. Las ciencias y las artes, cuyo fin es pulir el entendimiento y formar las costumbres, no siempre producen estas ventajas en los que las cultivan, porque no siempre es este el objeto que se proponen. Los prodigios del entendimiento y de las ciencias tienen derechos á nuestra admiracion, de que seria indecente frustrarlos.

Debemos formarnos reglas de estimacion y consideracion, porque en este mundo no es todo igual. Comunmente se acusa á los ricos de tratarlo todo sobre un mismo tono; esto es, acusarlos de que solo atienden á la opulencia; y siendo las riquezas mas bien efecto de la casualidad que del entendimiento, y no añadiendo nada

á las calidades del alma, á quien de todos modos se debe la preferencia, es odiosa tal acusacion.

No miremos á los literatos como inútiles al estado: solo los ignorantes y los espíritus débiles piensan así: trabajan en favor de un objeto tan interesante á la sociedad, como otros muchos que están mejor recompensados. Las letras esplayan é ilustran el entendimiento: los principios que le enseñan, y los ejemplos que le presentan, le ofrecen recursos de que carecia sin ellas. La ignorancia para nada es buena: los ambiciosos y los tiranos quisieran establecerla por todas partes para ser los dueños universales.

Se abusa de las mejores cosas. La irreligion y el libertinage pueden ser el abuso, pero jamas el fruto de la ciencia. Los paises en que reina la ignorancia son el teatro de los excesos mas monstruosos: solo se seduce á los ignorantes, y es una vergüenza ser seducido.

Por lo general hallamos pocos hombres que merezcan toda nuestra confianza; pero en hallando alguno, es preciso no dejarle escapar, porque es un tesoro, que conserva ó produce todos los demas.

La famosa division del mundo en engañados y engañadores no es tan exacta como se cree: hay un gran número de sugetos que no son lo uno ni lo otro: á estos debemos tributar todo nuestro aprecio. La dispacion en que vivimos, no nos permite discernirlos, y hacerlos la justicia que se les debe: los separamos de nosotros por el crédito que concedemos á los que la ambicion, el interes y los placeres han corrompido. Estos últimos divierten por lo comun mas que los otros; pero basta divertirse con ellos: la estimacion que se les tributase seria una injuria para la virtud, y para los que la practican.

Cualquiera que sea nuestro pensar acerca de los otros, no debemos dejar entrever que desconfiamos de ellos: la desconfianza y la sospecha no anuncian un ca-

rácter estimable. No debemos persuadirnos á que nunca se nos engañará: yo presagiaría mal del que nunca hubiese sido engañado. Solo nuestra esperiencia propia puede ilustrarnos sobre esta ciencia; todas las lecciones no pueden llegar á lo que enseña el uso.

Hay una injusticia comun con respecto á los hombres, y es la de hallar reprehensibles los caracteres que no se parecen al nuestro, la de querer que todos sean como nosotros, no estimar sino á los que se nos parecen, extrañar que se hallen modos y gustos que nosotros no tenemos. Es una tiranía querer sujetar á todo el mundo á que piense de un mismo modo. Un campo que no produjese mas que rosas, nos tediaría: la naturaleza varia, tanto con relacion á los hombres, como con relacion á las demas producciones suyas. Exigir de un hombre una cosa agena de su carácter, es pretender que un árbol dé otros frutos que los que le son propios. Es preciso que los hombres se sujeten á las leyes, cuésteles lo que les costare, porque las leyes se han hecho para los hombres; pero en cuanto á lo que ellas no prescriben, lo mejor es ser lo que la naturaleza nos ha hecho. Una obra se echa á perder, queriendo corregir una deformidad que entra en la construccion misma de esta obra: mas quiero ser negro que blanco por artificio.

Los que han sido engendrados en un mismo vientre, no se aman ménos por no ser parecidos. La naturaleza es la madre comun: su variedad forma su riqueza: criticar la multitud infinita de los diversos caracteres que produce, es quejarse de su magnificencia, de su fecundidad: cada uno en el fondo posee su mérito.

Cada nacion tiene su amor propio, que la obliga á hallar extraño lo que no se usa en ella. Los ojos nos corrigen de este defecto, y á fuerza de ver lo que pasa en casa de otros, comprendemos que no es siempre lo mas prudente lo que nosotros hacemos. Solo pertenece al pueblo no estimar sino lo que él practica: la pru-

dencia va mas adelante: toma lo bueno donde quiera que lo halla. Los romanos se gloriaban de haber aprendido de los griegos, lo que los griegos confesaban haberles enseñado los egipcios.

Hay vicios y virtudes propias de un pais, que puede atribuirse á muchas causas diferentes, respecto á que la voluntad no tiene la parte principal. El clima, el modo de vivir, el gobierno, las ocupaciones, concurren á establecer usos, á que nos habituamos al nacer, y de los que la multitud nunca se ha detenido en examinar lo bueno ó lo malo.

Las diferentes tierras producen diferentes frutos: los hombres pálidos tienen un carácter diverso del que experimentan los que tienen los colores vivos. De este compuesto variado al infinito, es de donde saca la sociedad la ventaja de tener de todo. Lo que forma su armonia, lo que corresponde al fin mismo de la sociedad, son los socorros mutuos que se dan los hombres, y que esta misma diversidad pone en estado de darse.

Deberia ser inútil á los hombres que se amasen y ayudasen recíprocamente: todo habla en favor de este principio, que nadie sigue sino con relacion á su propio interes. Es constante que este interes, de que cada uno es el centro, no tiene únicamente el destino que se le da, y que para llegar á este objeto principal, es necesario precisamente que ceda en algun beneficio de los otros: este servicio de la sociedad resulta de los particulares á pesar suyo; pero por esto no deja de ser un servicio.

Este efecto necesario ha hecho á muchas gentes mas tolerantes de lo que convendría al bien mismo de la sociedad que tiene á la vista. Se puede y se debe serle sobre muchas cosas en que no es de temer la confusion: la razon lo quiere, y la sociedad lo exige. Sufrimos con impaciencia á los que no perdonan nada y todo lo censuran; pero el interes de la virtud no permite que se

tolere todo: la sociedad perderia mucho, si se tratase igualmente el bien y el mal.

Los torrentes no tienen diques que los contengan: nada hay en esta vida que no los necesite: no se vive al acaso, porque todos saben lo arriesgado que seria: el sabio no excede ciertos límites.

Las personas excesivas son peligrosas: el talento mas apreciable de los hombres es el juicio que no sufre excesos. Pero vemos con admiración que solo los excesos son de moda. Los grandes libertinos y los que afectan la mayor devoción, son casi los solos que interesan: la moderación mas depurada á nadie mueve. Este trastorno de sentido comun no es nuevo; existe desde que hay hombres: en los pueblos cultos, como en los que no lo son, se atiende á este maravilloso, que siempre se amará.

Mas dioses ha formado el mundo, que el amor: esta es una debilidad confesada de todos los hombres. Las máximas generales, aplicables á todo y á las que nada varían las circunstancias, son muy raras; pero se convalida no obstante que es mejor hacerse amar que temer. Los que establecen la necesidad del rigor para con la multitud, fundados en la maldad de esta misma multitud, solo buscan un pretexto para ejercer su crueldad: las acciones de los hombres se les parecen; la reflexión casi nada varía en ellos. Los rendimientos que inspira el temor, no pueden lisonjear á un corazón bien formado: solo las almas duras quedan contentas con ellos.

No nos parezcamos á los que, avaros ó crueles, quisieran persuadirnos á ser lo que son ellos, acusando á todo el mundo de ingratitud. Este vicio no es tan general como le creen. Por otra parte, agrada hacer ingratos, y no los hace todo el que quiere. Sois igual á los dioses, decía Cicerón á César: deseais hacer bien, y podeis hacerlo como ellos.

La ingratitud no es el vicio mas general. Mayor es el número de los hombres que no hacen el bien que deberian, que los que carecen de reconocimiento. Los hombres tienen tantos otros vicios, que es preciso prepararse para no quedar asombrado. Se hallan mas de los que se creen: ¡ojalá que su deformidad y multitud aumentase la aversión que los tenemos! Pero no creamos tampoco que solo hay vicios en el mundo: este es un extremo quizá mas peligroso que el creer que no los hay.

Sacudamos el yugo de la prevención, que es el alma de la mayor parte de los juicios que formamos: procuremos mas bien ver lo que es, que lo que nos dicen ser; pero particularmente reflexionemos mucho, ántes de condenar.

Los diputados de una ciudad del imperio romano vinieron á pedir á Tito su protección para con Vespasiano, y él los respondió que examinaria su solicitud. Apolonio, que estaba presente, preguntó á Tito, luego que se fueron los diputados, ¿Qué hubiera hecho si se tratara de una revolución contra su padre? Hubiera castigado inmediatamente á los rebeldes, respondió Tito con vivacidad. Es decir, replicó el filósofo, que pedis tiempo para hacer una gracia, y no lo necesitais para castigar.

En nuestro mismo corazón hallamos con que satisfacernos por haber salvado al culpable; pero nada nos consuela de haber condenado al inocente. Un juicio prudente previene estos errores, que algunas veces tienen consecuencias fatales para la sociedad.

En el trato de los hombres debemos atribuir á la flaqueza humana muchas cosas que nos disgustan, porque no puede ser perfecta. Un espíritu razonable sufre los agravios que se le hacen: no exige que los enanos sean gigantes, que todos sean constantes, generosos, disintresados, fieles; lo mejor que puede hacer es estudiar en no necesitar para sí la indulgencia que tiene para sus semejantes. Dejaría de ser sabio si se creyese ofen-

dido de los prósperos sucesos de los malos á quienes mira, igualmente que á sus vicios, como un efecto infalible del desórden establecido, el que ningun particular puede remediar sino en sí propio. Es muy difícil no quejarse de él; pero guardémonos de quererle corregir, porque solo se logra un desprecio, que se estiende hasta la virtud, y muchas veces la ponen en peligro de tener que ceder.

Se dice que los hombres no ganan en darse á conocer por lo que son; es falso: nunca se los tolera, nunca se los compadece mas, que cuando se los conoce. No hay ninguno, aun entre los mas virtuosos, que examinándose imparcialmente, no pueda decir: ¿En qué ha consistido, y en qué consiste que me parezca yo á muchos de los mismos que condeno?

Regularmente redundan en perjuicio nuestro el que no seamos lo que deberíamos ser. Este, sin haber hecho mucho, puede que haya hecho mas para no merecer la vergüenza que le sigue, que aquel para obtener el puesto honorífico que ocupa. Este pensamiento es humillante, capaz de moderar la buena opinion que tenemos de nosotros, tan injusta como la que tenemos de los demas.

No podemos lisonjearnos de conocer algun tanto á los hombres, sino cuando hemos principiado á conocernos á nosotros mismos. Miramos lo que está léjos, y no paramos la vista en lo que tenemos cerca: esto es esponerse á juzgar mal de todo. Pasemos de nosotros á los demas, de los demas volvamos á nosotros, y entónces haremos una comparacion exacta; entónces sabremos á lo que nos hemos de determinar: la modestia, la dulzura, y estas virtudes de sociedad que compadecen los males en vez de agriarlos, serian el resultado de una operacion de tal naturaleza.

Las personas mas difíciles no son las mas virtuosas. No nos engañemos: no juzguemos por los discursos pre-

parados, ántes que por las acciones, que nunca se pueden dorar sino en ciertas cosas.

Dejemos hablar á los que desprecian á la bondad como virtud de tontos: algun dia nos convenceremos de que la maldad es un defecto de este mismo espíritu, de que se dice es efecto. Los triunfos que da son amargos: los de la bondad están llenos de dulzura.

Se necesita mucho discernimiento para no confundir esta bondad reflexiva de que hablo, con aquella flaqueza de cabeza y temperamento; juguete eterno de los que abusan de ella, y que inoportunamente se honra con el nombre respetable de bondad.

No seria esta la única vez que viésemos vicios verdaderos erigidos en virtudes por ignorantes ó por lisonjeros: los primeros no son peligrosos; los segundos son enemigos, tanto mas temibles, cuanto son mas agradables.

La lisonja es el veneno mas sutil para el corazon; cuando está bienazonada es invencible. Desconfiemos de los que nos lisonjean, como que son personas que nos quieren hacer beber un vino delicioso, para quitarnos la fuerza y la razon, nuestras únicas armas contra sus prestigios.

Este seria el lugar de hablar de las mugeres, porque forman la mitad del mundo. Su destino es agradar, ser amables, y ser amadas: nada puede librarlas de este estado, que es para ellas el mas encantador de todos.

Los orientales, que las encierran en especies de prisiones, no evitan inconveniente alguno de los que produce su trato: no dejan por eso de ser esclavos suyos, y se privan de la dulzura que se halla en vivir con ellas.

Los que no las aman, obran peor que los que las aman demasiado.

Todo lo que podria decirse sobre esto en bien ó en mal, seria inútil. La esperiencia propia enseñará tempranamente lo que se puede esperar ó temer.

Cualquiera que sea su conducta para con nosotros, observemos con ellas lo que nos prescriben los sentimientos y el honor. Solo unos monstruos son capaces de sonrojar á una muger por su debilidad: hagamos que nos estimen aun cuando no nos amen.

El amor que las tengamos no ha de oponerse á las obligaciones: las que quieren que se las sacrifique todo, no merecen ser amadas. Si forman algunas veces la vergüenza de los hombres, otras forman tambien su gloria. Ines Sorel contribuyó mucho á la de Carlos VII. Cuando su trato nos es funesto, siempre es por culpa nuestra.

EL MUNDO.

POR mas que se conozca al Mundo, siempre ofrece que aprender. Varía la escena con tanta frecuencia, que los que han hecho en él papel mas largo y con mejor suceso, no tienen una seguridad de ser aplaudidos hasta el fin. Podemos pasar la vida en instruirnos de los varios objetos que encierra sin apurarlos.

El mundo de la corte no se parece al de la capital, ni el de una capital al de las provincias. Todos estos mundos solo forman uno con la serie del tiempo, y su composicion no es tan caprichosa como se cree.

Cada uno tiene sus máximas acerca del mundo. Los espíritus apocados, que han hecho su fortuna á fuerza de bajezas y avaricia, no conocen otra ruta que la que ellos han seguido, y dirigen por las mismas huellas á los que van á entrar en el mundo, sin detenerse en si deben seguir el mismo camino. Hay modos, circunstancias y acacimientos que no permiten unas mismas cosas: hay caracteres, nombres y aun figuras, á quienes no conviene todo.

Por todas partes somos lo que somos en el fondo: los

pasos mas esenciales llevan siempre nuestro carácter; vano ó molesto, prudente ó atolondrado, tímido ó resuelto, fuerte ó débil, bueno ó malo.

Para conducirse bien es necesario conocerse; pero se entra demasiado temprano en el mundo para tener este conocimiento. Los que nos introducen en él, no nos conocen mejor que nos conocemos nosotros; pero cuando nos conociesen, ¿estarian bastante ilustrados, bastante exentos de pasiones para enseñarnos un camino que no nos estraviase? Mas bien falta habilidad á los conductores, que docilidad á los conducidos. En este teatro de revoluciones continuas la casualidad, mas bien que la prudencia, decide de las caidas y de las elevaciones.

No hay regla cierta para hacer en el mundo lo que se llama una gran fortuna: la hay para un buen éxito, ó á lo ménos para merecer su estimacion. A esto debemos atenernos: es prudencia dar alguna cosa á la incertidumbre de los acontecimientos, y locura entregarse enteramente á ella.

Se cree que solo deben estudiarse los diversos estados que se han de abrazar, y que el mundo se aprende por sí solo. Es cierto que jamas se aprende mejor que viéndole, y que de todos los modos de estudiarle, este es el mas acertado; pero no es ménos cierto que exige atencion, que es necesario saber aprovecharse de lo que se ve y de lo que se oye. Los que pretenden conocerle con el auxilio de los libros, no tienen una verdadera idea de él; no le conocen jamas.

Los sabios, á quienes unos estudios profundos y abstractos tienen separados del trato del mundo, contraen en el gabinete un aire, un no sé que, que el mundo mas amable no puede borrar. Sus conocimientos raros los hacen admirar como una novedad, de que se está ansioso; pero insensiblemente vuelven á entrar en la oscuridad

de donde han salido: solo duran el tiempo que dura la curiosidad que escitaron.

Oimos decir frecuentemente que el mundo es la mansion de la injusticia, de la corrupcion y de todos los desórdenes. La mayor parte de los que lo dicen, no se entienden á sí mismos; muchos no le entienden á él, y otros tienen interes en desacreditarle. El mundo, como una union de hombres de todas especies y de todas suertes, provee de todo, de bien y de mal; pero como interesado en la conservacion de la sociedad, es al mismo tiempo un tribunal severo, en que se juzga sin apelacion, y con un rigor que solo le es propio, los vicios y los defectos de los hombres. Un malvado, un traidor, un ingrato, un cobarde, quedan desacreditados en él para siempre. No perdona por mas que se trabaje en reparar sus faltas: nada escucha; condena muchas veces hasta el motivo que se tiene para apaciguarle. Como solo castiga con el desprecio, su inflexibilidad es la que hace temibles sus juicios. Habiéndole ofendido una vez, es necesario abandonarle, porque cuando se pierde su favor, se pierde para siempre.

No están mas libres de sus decretos los ricos y los grandes; por el contrario, son á los que persigue con mas obstinacion, cuando se cree ofendido de ellos; y como raras veces están sin defectos, le es fácil sorprenderlos en alguna falta. Por lo regular mira como un desórden la superioridad que les conceden los bienes y los titulos de nobleza; gritará que son indignos de lo uno y de lo otro.

Este famoso Caton, que temia con conocimiento los juicios del mundo, respondió á uno que se maravillaba de que no le hubiesen erigido estatua: Mas quiero oír preguntar por qué no me la han erigido, que por qué me han erigido una.

Los autores que han pasado su vida en meditar sobre las pasiones, en analizar los vicios y las virtudes, no son

tan dificiles como el mundo acerca de su estimacion. No se le engaña: desenmascara la hipocresía mas astuta, pesa sus juicios mas de lo que se cree: lo que aprueba ó lo que condena, despues de un cierto tiempo (porque siempre toma alguno para juzgar mejor) queda aprobado ó condenado para siempre.

Lo mismo que con los hombres hace con las obras de genio y del arte; las concede ó las niega la inmortalidad que piden. Estiende su censura hasta los ridiculos, de que sabe aprovecharse con mucha destreza. Injustamente se le acusa de que los trata peor que á los vicios: no hace mas que divertirse con ellos, medio el mas seguro de corregirlos. No es culpa suya, si somos mas sensibles á la burla que al desprecio.

El mundo es muy dificil de contentar: no le basta que seamos virtuosos; quiere que seamos tambien amables: abandona con desden á los que, fieros con las ventajas de su moral, á nada se prestan, y hacen insaciables unas virtudes que no se estiman, sino en cuanto ceden en beneficio de la sociedad, para la que se han establecido. Ama las gracias de la figura, y mucho mas las del espíritu y de carácter, como mas útiles al bien general de que nunca se separa.

Se nos dice por lo regular: desconfiad del mundo que os aplaude; y yo diria: aprovechaos de los aplausos que os tributa, para que en lo sucesivo los merezcáis mayores y mas sólidos. Es necesario no confundir lo que llamo el mundo, con una tropa de gentes interesadas en alabarnos para sorprendernos, bastante cobardes para dar incienso á los vicios, bastante corrompidos para desear que aumentemos el número de los que este mundo respetable desaprueba y condena con justicia.

No, nunca es el mundo el que nos pervierte. Cuando se complace de las acciones de los que principian á vivir en él, es el primero á prohibir que esta complacencia los inspire vanidad: hace mas; sabe contener elo.

gios cuando se abusa de ellos. No alaba puramente por alabar: alaba para inspirar aliento. Conoce el carácter de los hombres, y sabe que la emulacion es el alma de las grandes cosas: se lisongea de hacer mejor; mira como á criaturas suyas á los que, aprovechándose de sus alabanzas, han sabido merecerlas hasta el fin de su carrera.

EL ESTUDIO.

CICERON ha dicho que el Estudio es de todos tiempos y de todos los estados de la vida, aumenta sus placeres y suaviza sus penas. Si no forma siempre la felicidad de nuestro estado, á lo ménos contribuye á ella, y aun hay algunos en los que el estudio dirige todas las operaciones, y á quien deben toda la gloria y brillantez que los sigue.

Aunque se tenga mucho talento, el estudio le aumenta siempre, y sin él nada produce de perfecto; pone una diferencia infinita entre los hombres.

Aun la guerra no escluye el estudio. Los mayores capitanes de Grecia y de Roma cultiváron su talento con las letras. Arbitros de la guerra al frente de sus ejércitos, lo eran tambien del buen gusto y de las obras de genio en el seno de la paz.

Todavía admiramos los Comentarios de César; nuestra nacion tiene modelos en este género. El militar mas completo necesita aprender. El gran Conde decia, que ganar una batalla era una obra maestra, en que no tenia ménos parte la ciencia que el valor.

Las mas bellas cosas son por lo comun la obra de un momento; pero muchos dias de estudio que precediéron á este momento, fuéron los que concurriéron á hacerle brillante. El mas hábil negociador no puede adivinar los intereses de los principes, la posicion de sus estados,

sus amistades, relaciones, la historia de sus paises; camina entre tinieblas si no le ilustra el estudio.

No conviene á todos el ser sabios. Este título suele ser causa de una imposibilidad ó estrañamiento para desempeñar los respectivos deberes de un estado, acaso mas esencial que la ciencia misma. Pero conviene á todo el mundo estudiar y reflexionar, porque á todos es útil el saber, y solo se sabe lo que se ha estudiado.

Se hallan personas amables de mucho talento, que, como se suele decir, no saben leer, ni escribir; pero son pocas, y no agradan por mucho tiempo. Si experimentan algun reves, no hallan recurso, y gimen inútilmente. ¿Y cual es su destino en la vejez? Entónces no tienen otro mérito que su figura, usada en un mundo que ya no hace caso de ella, y que se irrita frecuentemente de ver que se restituye á la maldad un entendimiento, que no teniendo diversion, la funda en morder y destrozár impiamente á quien vale mas que él. Pero aunque solo fuesen fastidiosos, bastaba su estado para desacreditar la ignorancia en que habian querido vivir.

Los hombres no han nacido única y precisamente para agradar: talentos mas esenciales son los que se le piden. Todo lo que los asemeja demasiado á la condicion de las mugeres, los deshouna. Tampoco son estos á los que mas aman ellas: es suya la gloria que tienen aquellos á quienes favorecen; se lisongean con su mérito, con la estimacion que se los tributa; hallan en ellos los auxilios que necesitan, y á los que las ha sujetado su estado. Por otra parte, es usurparlas sus derechos legítimos y naturales: solo es propio de las mugeres haberlo hecho todo, cuando han logrado agradar.

Cuando yo hablo de estudio, no le limito al que es necesario para diferentes estados, que dividen la vida civil, y que exigen diversas suertes de conocimientos; aquel es esencial, y nada puede reemplazarle. El aire ridículo de los que lo saben todo, escepto lo que deben sa-

ber, es aun mas sensible, mas perjudicial, que el de algunos otros que, sabiendo solo una cosa, hablan eternamente de ella, y fatigan á la sociedad.

Yo entiendo por estudio el que conviene á todos, de cualquier edad y estado que sean; que distrae de las ocupaciones mas graves; que comunica gracias al lenguaje; que pule el espíritu, el carácter y las costumbres; que nos familiariza con los bellos tiempos de los griegos y de los romanos; que nos reproduce los grandes hombres de todas las naciones; que nos hace conocer los diversos géneros de talentos, y que nos enseña á juzgar de ellos; que nos inspira este gusto por las bellas cosas; que principia el discernimiento natural, y que debe su perfeccion á las letras.

Este es el estudio que el mundo asocia á todo el que ama, el solo que quisiera se diese á entender haber hecho: en algun modo es necesario ocultarle los demas. Teme la ostentacion de los sabios, porque es muy raro que no le acompañe alguna vanidad: las citas cansan, ó humillan á los oyentes. Mignard se quejaba á Ninon Lenclos de que su hija no tenia memoria: es V. muy feliz, respondió Ninon, así no citará.

La modestia es compañera del estudio de que hablo, y en nada se parece al de estos pedantes, que disputan sin gracia, deciden sin autoridad, y con cuyo ejemplo adquieren algunos jóvenes un tono decisivo, que compadecerá el mundo, hasta que hayan tenido tiempo de sacudir el polvo que los cubre, y que los impide conocer que para llegar algun dia á juzgar bien, es necesario aprender ántes á dudar.

A nadie se perdonan los juicios que dicta la vanidad y la presuncion, y está muy mal á los jóvenes el pronunciarlos. Los discípulos de Pitágoras estaban cinco años sin hablar.

Los buenos estudios corrigen igualmente de una infinidad de defectos, que parece no tenian con ellos rela-

cion alguna. No se estudia precisamente para saber; se estudia tambien para hacerse mejor, y esto se logra cuando se desea. No hay suerte de ventajas que no se hallen en los libros; todo depende de la eleccion que se hace de ellos.

Por mas que nos prediquen las fortunas y prosperidades de los malos, por mas placeres que los rodeen en apariencia, solo la virtud puede hacernos gratos á nosotros mismos y á los demas: sin ella no hay verdadera felicidad. Los que se rien á costa suya, solo se rien con los labios; su alegría es de las que terminan por la amargura. El sabio que habia pasado por todas las situaciones de la vida, confesaba que, léjos de la virtud, solo habia hallado vanidad, ilusion, nada: todo nos enagena: hay momentos en que nos creemos felices sin ella; pero son solo momentos, y pasada la enagenacion, pagamos bien caros unos errores tan cortos.

Acordémonos del sabio que he citado; con él os dejo, lectores: las esperiencias que habia hecho, le habian conducido á juzgar sanamente de todo: para ser felices, nada haríamos mejor que seguir sus consejos: *et cognovi quod nihil esset melius, nisi latari et facere bene in vita sua*. He conocido que nada hay mejor que estar contento con su suerte, y tener una vida irreprochable.

INDICE.

Introduccion, - - -	pág. 3	Los Estados de la Vida, - - -	pág. 34
La Religion, - - -	5	Los Placeres, - - -	38
La Filosofia, - - -	8	Los Honores, - - -	42
Las Leyes, - - -	12	La Política, - - -	47
Las Sociedades, - - -	18	Las Riquezas, - - -	51
Los Vicios y las Virtudes, - - -	22	Los Hombres, - - -	56
Las Pasiones, - - -	26	El Mundo, - - -	64
La Felicidad y la Infelicidad, - - -	29	El Estudio, - - -	68

En esta imprenta se publica por suscripción

LA BIBLIA SAGRADA,
EN LATIN Y CASTELLANO,

TRADUCIDA Y ANOTADA CONFORME AL SENTIDO DE LOS
SANTOS PADRES Y ESPOSITORES CATÓLICOS,

POR EL PADRE SCIO DE SAN MIGUEL,

Obispo de Segovia &c. &c.

PRIMERA EDICION MEGICANA.

PARA proceder á su impresion, se impetró la licencia del Ilustrísimo Venerable Cabildo Gobernador, que la concedió, y nombró revisor para que fuese mas correcta.

La general aceptacion que ha merecido esta divina obra, nos exonera hacer su elogio: por lo mismo solo indicaremos el modo de publicarla, para que tengan de esto una noticia exacta los que no han visto los prospectos y quieran suscribirse.

Se imprime en cuarto mayor por números encuadernados á la rústica, compuestos de 12 $\frac{1}{2}$ pliegos, siendo el valor de cada ejemplar 1 peso, y saliendo un suscriptor responsable por ocho ejemplares, se le darán por 7 pesos.

Para adorno de la obra, cada tomo llevará una lámina fina, las que se repartirán grátis á los suscritores.

Esta edicion, aunque sacada de la tercera española que consta de 15 tomos, quedará reducida á 10.

Los que gusten tomar alguna coleccion de los números que se han publicado y suscribirse por el resto de la obra, podran ocurrir

- En Méjico—al Editor en la calle de Capuchinas no. 15.
- En Puebla—al P. D. J. V. Caro, calle de la Santísima no. 17.
- En Guanajuato—al P. D. José Manuel Mendez.
- En Chihuahua—á D. José Agustin de Escudero.
- En Cuernavaca—á D. José Mariano Gardoño.
- En Córdoba y Orizava—á D. José Francisco Sainz.
- En Colima—á D. Ignacio Ochoa.

Ya se han publicado 10 números.

Méjico, Setiembre de 1831.

LAS
VELADAS DE LA QUINTA,

Ó
NOVELAS E HISTORIAS SUMAMENTE ÚTILES

PARA QUE LAS MADRES DE FAMILIA,

á quienes las dedica la autora,

PUEBAN INSTRUIR A SUS HIJOS,

JUNTIANDO LA DOCTRINA CON EL RECREO.

Escritas en frances

POR LA SEÑORA MARQUESA DE SILLERY

y traducidas al castellano

POR D. FERNANDO DE GILLEMÁN.



LOS principios de la educacion están encomendados á las madres de familia, y no podrán en esta materia dirigirse con acierto, si no se valen de libros que les demarquen sus obligaciones y les enseñen el modo de cumplir las mismas.

Las **VELADAS DE LA QUINTA** es una de aquellas obras que han llegado á este objeto; porque en sus orixas agradables y estilo ameno, enseña á las madres los deberes que, tanto en lo moral como en lo físico, tienen que prodigar á sus tiernos hijos.

El que suscribe, deseoso de cooperar de algun modo á tan grande objeto, ha comenzado á publicar esta obra por números semanarios, en pliegos de tres pliegos y su cubierta, por el precio de dos reales, que pagará al recibir los ejemplares.

No me detendré en hacer elogios de ella, tanto por ser bien conocido su mérito, cuanto por dar una idea mucho mejor de lo que padieren los prólogos de la Autora y Traductor.

Se ha procurado que esta obra de tres tomos en cuarto con unas 150 fojas quede reducida á un solo volumen de 330, y por lo mismo el precio más cómodo para todas las clases de la sociedad.

La suscripcion es de dos modos: ó por números semanarios, ó por tomos, obra y cubierta: á los de la primera clase, aunque les costará más, harán paulativamente las exhibiciones al recibir sus números de la segunda, entregando al tiempo de suscribirse 3 pesos, en cuyo recibo irá un tomo enrañonado á la música.

Los suscritores foráneos solo podrán serlo del segundo modo, aumentando cuatro reales por cada ejemplar, que recibirán en el lugar de su residencia, o bien llevado á la rueta y libre de gastos.

Fuera de esta capital se reciben por los señores agentes de la librería.

México, Setiembre de 1831.

C. C. SEBRING.